

La Ilustración Artística



Artística

Año XIX

BARCELONA 17 DE SEPTIEMBRE DE 1900

Núm. 977

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO PARA EL CUADRO «LA ESPOSA DEL PESCADOR,» obra de Juan Bartels

SUMARIO

Texto. - Crónicas parisienses. Los cafés-conciertos de la granujería, por Juan B. Enseñat. - El pintor Juan Bartels, por E. F. - Definiciones, por A. Sánchez Pérez. - Los hombres buenos, por Rafael Chichón. - El traje de novia, por P. Gómez Candela. - Nuestros grabados. - Problema de ajedrez. - Los dos pilletes, novela ilustrada (continuación). - Conflicto chino. - El infierno chino.

Grabados. - Estudio para el cuadro, «La esposa del pescador», obra de Juan Bartels. - Un café-concierto en París. - El café-concierto de la «Págre». - El notable pintor muniquense Juan Bartels. - Junto a la chimenea. - Estudio al óleo para el cuadro «Noche de luna en el Zúidersee». - En la playa. - Una mendiga de playa. - Niñas pescadoras, obras de Juan Bartels. - Viaje de S.S. M.M. y A.A. Vigo. Entrada en el puerto de la escuadrilla acompañada por vaporcitos de pesca de aquella matrícula. - Desembarque de la familia real. - Arco levantado en el muelle por los traineros. - Guerra anglo-boer. Campamento de prisioneros boers en Diyatalawa, Ceilán. - El filósofo alemán Federico Nietzsche. - El pintor francés Antonio Vollon. - Conflicto chino. Shanghai. Una calle de la ciudad europea. - En el barrio indígena. Castigo de dos incendiarios - Tien-Tsin. Aspecto de la estación del ferrocarril después del bombardeo. - Los marinos franceses marchando por el muelle después de la liberación de la ciudad. - La canción de la patria en 1814 (episodio de la historia de la República Argentina), cuadro de Pedro Blanqué.

CRÓNICAS PARISIENSES

CAFÉS-CONCIERTOS DE LA GRANUJERÍA

La estadística no ha podido averiguar el número de cafés-conciertos que hay en París. Desde los Campos Elíseos hasta Bercy, desde el Eldorado hasta el Beuglant, la capital de Francia está llena de establecimientos de esa clase. Donde más abundan es en los barrios extremos. Allí los hay que sólo abren sus puertas los domingos. Algunos no funcionan más que durante el invierno. Otros son intermitentes, y abundan los que nacen, mueren y resucitan para volver a morir con rapidez pasmosa, según el capricho de las circunstancias y los azares de la fortuna.

Recuerdo que hace años había publicistas que abrigan la ilusión de que los cafés-conciertos vendrían a ser la ópera del pueblo. La experiencia ha demostrado que estos cafés no han hecho más que añadir la desmoralización de la canción descocada a los perniciosos efectos del alcohol, y combinar el humo del tabaco con los acordes de la música.

Una música que no ha dulcificado nunca las costumbres ni elevado a los espíritus; una especie de



Un café-concierto en París, dibujo de Junyent

droga más adulterada que las bebidas del establecimiento.

El invierno pasado, sorprendido por un aguacero en uno de los callejones más estrechos y sucios del Barrio Latino, me refugié en una taberna pequeña y sombría. Por la escalera del fondo llegaba a mi oído el rumor de canciones y aplausos. Movido por la curiosidad, subí y encontré en una habitación muy reducida. En una alcoba del fondo habían puesto un

tablado y suspendido un cubre-camas á guisa de telón. A un lado de la boca del ridículo escenario, un pianista giboso atormentaba una vieja carraca que había sido piano en su juventud.

En la segunda mitad de la sala había, alineados, unos bancos con rebordes para colocar las bebidas.

Cerca de las tablas, parroquianos y artistas se hallaban mezclados en torno de tres ó cuatro mesas.

Me encontraba en un café-concierto de aficionados, en que se cantaba por amor al arte y á la cerveza.

Acababan de servirme un café que parecía un cocimiento de algarrobas, cuando preludeó el piano.

La camarera de la sala tiró la servilleta á la cabeza de un cliente y de un brinco se subió al estrado.

No diré lo que cantó.

Los demás aficionados se desprendieron sucesivamente de sus *bocks* para pagar su escote con una romanza ó una canción.

El auditorio interpelaba al cantante y hacía coro con él, prodigándole aplausos irónicos al final.

Como éste, hay una infinidad de establecimientos en París, principalmente en Batignolles, Montmartre, Montrouge y Belleville.

En cierta ocasión visité uno que desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde estaba convertido en prendería. Allí vi vender á pública subasta un traje de paño negro, «bueno para ir á los bailes del Elíseo», según pregona el prendero, por 28 francos. A las cinco se retiraron las prendas y se colocan los bancos, y por la noche se celebra el concierto.

En otro establecimiento de este género vi sobre una puerta un rótulo que decía: *Cuartos para dormir, desde 50 céntimos por noche*. Por aquella puerta entraban y salían parroquianos y cantantes, á intervalos más ó menos largos.

La capital de Francia sufre una verdadera epidemia de cafés-cantantes. Éstos son una necesidad del momento, tan imperiosa, que hasta las clases más ínfimas de la sociedad no pueden prescindir de satisfacerla.

Y como si no bastase el haber creado establecimientos de esta especie para la aristocracia, para la clase media y para la clase proletaria, se han abierto algunos para la granujería. Los tomadores del dos tienen también sus aficiones artísticas; les gusta distraerse y gozar del producto de su trabajo.

Al saber que tales establecimientos existían, no pude resistir al deseo de visitar siquiera uno de ellos. Me gusta estudiar las miserias sociales en las sentinas parisienses; me gusta asomarme á esos abismos, donde lo grotesco combate afortunadamente el vértigo de lo terrible.

Una vez más se me presentó la ocasión de observar hasta qué punto la música dulcifica las costumbres y propaga la civilización.

El café-cantante á que me refiero lleva el nombre de la *págre*, que corresponde á la palabra *granujería*.

Para visitarlo me puse el más viejo de mis gabanes y el más usado de mis sombreros, á fin de no humillar á nadie ni llamar la atención.

Para verlo en todo su esplendor hay que ir el domingo, á eso de las once de la noche. El lunes es el día de los borrachos; pero como entonces faltan muchos clientes que duermen la mona en diversos sitios, la sala carece de animación.

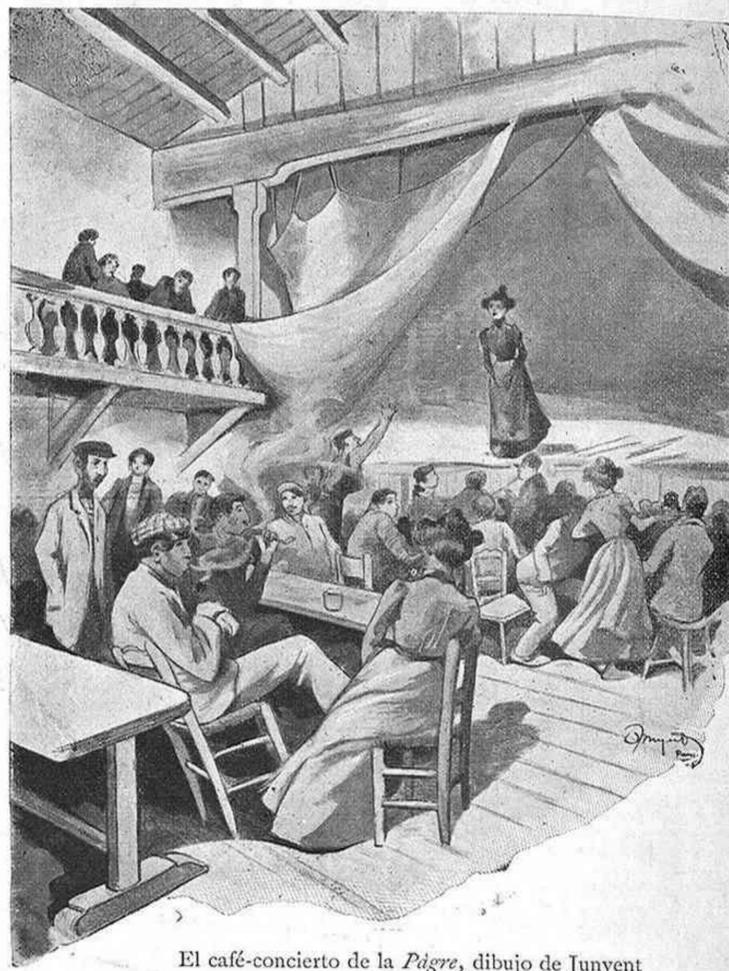
El local es enorme. Su disposición es parecida á la de todos los de la misma clase. Hay filas de bancos provistos de una tabla á la altura del codo para las bebidas.

La sala está rodeada de una galería, que es el sitio predilecto de los señores ladrones, por cuanto desde allí dominan al público y pueden descubrir más fácilmente toda cara sospechosa ó algún tipo extraviado en quien hacer presa.

Cuando entré, la sala estaba medio vacía; pero la calidad compensaba al número. El público se componía principalmente de vagabundos y ladrones, con sus gorras ladeadas, sus sortijillas de pelo en la sien y sus blusas de color indefinible. Esto por lo que toca al sexo fuerte. El bello sexo estaba representado por un verdadero ramillete de flores... cordiales. ¡Qué talles! ¡Qué rostros! ¡Qué vestidos y qué peinados! Casi todas iban con la cabeza descubierta. Y

como al final del concierto se había caldeado el local, la mayor parte de los hombres se pusieron en mangas de camisa.

Había familias enteras con toda su prole. La gri-



El café-concierto de la *Págre*, dibujo de Junyent

tería de los chiquillos se mezclaba con el ruido de la música. Algunos coreaban las canciones; otros corrían de un lado para otro, dejando en muchas partes malolientes trazas de su paso. Pero nadie se fijaba en ellos. No caben costumbres más patriarcales.

Una mulata jorobada recorría constantemente la sala, vigilando á los mozos y á los parroquianos, saludando á unos, dando un apretón de manos á otros, apostrofando á veces al *artista* que estaba en escena. Era la directora del establecimiento.

Los espectadores que se conocían se saludaban de un extremo á otro de la sala, cambiando preguntas y respuestas en alta voz.

La orquesta se compone de un piano, un violín y una trompa.

Cada vez que sale á la escena una cantante, el público la apostrofa con chuscadas más ó menos groseras:

- ¡Eh! ¿Te has dejado la voz en la guardarropía?

- ¡No hagas movimientos bruscos, que los huesos te van á taladrar la piel!

Una de las *artistas*, según me enteró un espectador locuaz, ha pasado sin transición de lavandera á cantante. No sabe lo que es música y tiene una voz horrible. Pero es joven, bastante agraciada y posee una abundante cabellera rubia que canta por ella.

Otra de las artistas desentona de una manera horripilante, pero acentúa las desvergüenzas de sus canciones con gritos, gestos y danzas que desarman á la crítica.

Una de ellas parecía poseer conocimientos musicales. ¡Quién sabe si fué, hace ocho ó diez lustros, aventajada alumna del Conservatorio! ¡Quién sabe si ha brillado, en su juventud, en más nobles escenarios! La vejez y la pérdida de la voz la habrán sorprendido en la miseria, y para no morir de hambre, se ve reducida á cantar ante un público compuesto en su mayoría de ladrones.

De vez en cuando, un espectador entusiasmado arroja á la cantante un ramo de flores; ramo que ella revende á la florista de la casa y que, adquirido por otro espectador, es arrojado después á los pies de otra diva.

El repertorio es de lo más descocado y grotesco. ¡Cómo si no se pudiera divertir al público sin desmoralizarlo!

Bien que la clientela del café-cantante de la granujería no puede estar más desmoralizada de lo que lo está.

Pero esos granujas salen de estos establecimientos con todos sus vicios halagados, con todas sus concupiscencias excitadas y dispuestos á todo para satisfacerlas.

JUAN B. ENSEÑAT.

EL PINTOR JUAN BARTELS

El ilustre pintor, cuyas son las obras que en algunas páginas de este número reproducimos, nació en Hamburgo en 1856. Su primer maestro fué Carlos Oesterley, el entusiasta admirador de los fiordos noruegos, que le inició en las primeras lecciones del arte, en el cual tanta gloria había de alcanzar. Durante los años de 1876 y 1877 estudió en la Academia de Dusseldorf, bajo la dirección de Adolfo Schweitzer; en 1881 se trasladó á Berlín, y desde allí emprendió varios viajes de estudio, hasta que en 1885 fijó definitivamente su residencia en Munich, donde en la actualidad vive.

De Rugen y de Bornholm, localidades septentrionales que visitó en una de sus excursiones artísticas, sacó asuntos para los primeros cuadros suyos que llamaron la atención en Alemania; luego recorrió las comarcas marítimas del Sur y pintó el mar azul de Italia, sus hermosas costas, las escenas de costumbres de sus marineros, y sus lienzos causaron mayor admiración, si cabe, que aquellos en que reprodujera la vida de los mares del Norte.

De cuando en cuando aparecían en sus obras recuerdos del puerto de su ciudad nativa y de las costas de Inglaterra y Francia por él visitadas en su juventud, así como tal cual interior pintoresco; pero poco á poco fueron prevaleciendo en su obra las impresiones que en su ánimo produjeran las marinas y los paisajes de Holanda. El ejemplo de sus compatriotas Liebermann, Uhde, Baisch y otros grandes pintores alemanes, empujóle hacia aquel país predilecto de la pintura moderna, en cuyo aire húmedo y de plateados reflejos, en cuyos amplios horizontes y en cuyos colores delicados han buscado ilustres artistas una redención que les libertara de la pintura chillona y efectista un día tan en boga: allí sintió Bartels esa emoción estética que perdura en el espíritu del pintor genial, y de regreso en su patria

supo con admirable talento reproducir cuanto con sus ojos había visto y sobre todo cuanto en su alma había sentido.

Bartels empezó pintando exclusivamente al óleo,

que tanto le cautivaban. Pronto dominó la técnica de este procedimiento pictórico, adquiriendo una seguridad sin igual y logrando dar á sus obras esa frescura que constituye uno de sus mayores atractivos.

Unas veces pinta abocetadamente, otras atiende minuciosamente á los menores detalles, pero siempre refleja la verdad, la impresión directa de la naturaleza, que constituye el objeto primordial de todas sus composiciones y á la que considera desde el punto de vista puramente objetivo. Nunca se ve en sus obras al pensador ó al poeta que más ó menos disfrazan la verdad que ante sus ojos se ofrece, sino que toma los asuntos tales como ante su vista se presentan, y entiende que su misión como pintor se reduce á dar forma cabal y exacta á lo que le brinda el mundo en que vive y cuyas manifestaciones osténtanse tan variadas en medio de su constante unidad fundamental.

No fué el estudio de los grandes maestros de la antigüedad lo que le hizo reconocer las bellezas de la naturaleza; fué él mismo quien supo descubrirlas contemplando á la naturaleza tal cual es, sin prejuicios, sin imposiciones de escuela. Y no sólo el mar y las playas le atraen, le atraen también los hombres y los paisajes de la tierra, que sabe asimilar y describir con todos los encantos de la realidad.

El mundo que Bartels considera como el medio más apropiado á sus aptitudes artísticas es, á pesar de todo, un mundo reducido; pero á fuerza de estudiarlo y de sentirlo ha conseguido encontrar los más variados temas en los múltiples fenómenos que en él se desarrollan. Así, por ejemplo, pinta siempre con igual maestría el mar invadido por la luz que sobre él el sol derrama, ó reflejando los oscuros tonos de las espesas nubes en el firmamento amontonadas; ya besando tranquilamente las arenas de apacible orilla, ya estrellándose en gigantescas olas contra los peñascos de la costa; ora envuelto en la tenue neblina del amanecer, ora en



EL NOTABLE PINTOR MUNIQUENSE JUAN BARTELS

demostrando en este género una facilidad y una seguridad que ninguno de sus colegas logró superar; pero desde que se estableció en Munich, comenzó á ejercitarse en la pintura al pastel y más aún en la acuarela, por ser ésta la que más se ajustaba á su modo de apreciar los objetos y la que mejor le permitía dar forma á las delicadezas del aire y de la luz



Junto á la chimenea, acuarela de Juan Bartels

suave cabrilleo poéticamente plateado por los pálidos rayos de la luna. Deléitate seguir con su mirada de artista los botes que al mar se lanzan y del mar regresan, y cuyas blancas velas se destacan sobre la azulada superficie del inmenso océano y sobre la transparente atmósfera del horizonte, y encántale el espectáculo que presenta la playa á la salida y á la entrada de las lanchas que á la pesca se dedican. Y con la misma afición fíjase luego en las arenosas dunas, en las gentes que en ellas se le aparecen, en las solitarias aldeas de pescadores y en los puertos animados por el vertiginoso movimiento del comercio y del tráfico que les da vida; penetra en los humildes jardincillos que sirven de adorno y desahogo á las modestas viviendas; entra en las pobres estancias de blancas paredes, donde, junto al hogar, la esposa ó la hija del pescador trabaja sin apartar su pensamiento del que sufre mil afanes y se expone á tantos peligros por ganar un pedazo de pan para su familia, y acude á los bulliciosos mercados en busca de las notas de color que después combinará con tanta habilidad en su paleta.

Bartels es de los artistas que más y mejor producen, y si hoy se le reputa en su patria como uno de los más ilustres paisajistas y marinistas, conceptúesele también como uno de los pintores más fecundos.

Para juzgar á Bartels, ha de tenerse ante todo en cuenta que el verdadero artista no es sólo aquel que abarca una gran diversidad de géneros, sino que lo es también el que adoptando una especialidad logra profundizarla y sabe exteriorizarla desde sus distintos puntos de vista, poniendo en cada uno de ellos su expresión verdadera y en todos el sello de una personalidad artística. El artista, más que el objeto, es lo que hace la verdadera obra de arte; por esto se ha dicho que el arte es personalidad, y el que no alcanza á reflejar ésta en sus producciones, está irremisiblemente condenado al olvido en un período más ó menos largo, al paso que tiene segura la inmortalidad el que demuestra dominar en absoluto el género á que se dedica.

El desenvolvimiento del arte contemporáneo ha recorrido en un plazo increíblemente breve las más variadas fases. El naturalismo sano, que abrió, por decirlo así, la marcha del movimiento revolucionario, ha prestado un doble servicio, primero enseñando al artista y al público en general á apreciar desapasionadamente la naturaleza en sus múltiples y siempre bellas manifestaciones, y luego derrocando los tradicionales mezquinos principios y abriendo al genio nuevos é infinitos horizontes. Vino después el simbolismo que, mirando como secundario todo lo material, buscó el efecto artístico en la delicada armonía de formas y colores, y posteriormente ha resurgido esa escuela que *estiliza* y convierte en asuntos decorativos las impresiones recibidas de la naturaleza. Al compás de estos cambios hanse movido no pocos pintores que, al hacerlo así, pudieron autorizar la sospecha de que más que á sus propios sentimientos é ideas, obedecían á las exigencias de la moda; pero algunos han sabido abstraerse á la influencia de tales imitaciones, atentos sólo á hacer nuevos descubrimientos en el terreno por ellos escogido para el ejercicio de su actividad.

Bartels pertenece al número de estos últimos y de él como de pocos puede decirse que es un gran artista dentro de su especialidad. — E. F.

DEFINICIONES

¡Válgame Dios, lo que somos!

¿Qué es el periodista?

Esto preguntaba, muchos días hace, un periódico parisiense. Las contestaciones no se hicieron esperar; llegaron muchas y llegaron pronto; ¡nunca hubieran llegado!; antes de que esas definiciones existieran,

podríamos los periodistas de profesión no estar exactamente definidos; pero sabíamos, con alguna aproximación, lo que éramos; ahora, cuando ha caído sobre nosotros nube espesísima de definiciones, ya no sabemos lo que somos; ni aun sabemos si somos algo; pues, en puridad, todo induce á creer que no somos nada, ni vamos á ninguna parte, según la expresiva locución del vulgo.

Vean ustedes, si quieren convencerse de la exactitud de mi afirmación, algunas de las definiciones

lebres que encierran tal vez todo nuestro bagaje literario para el viaje hacia la posteridad?»

¡Palabras, palabras, palabras!

Emilio Bergerat, autor dramático, se propuso indudablemente al escribir estas líneas — en las cuales hay más inexactitudes que palabras — realizar dos propósitos, son á saber: quitar importancia á su labor de dramaturgo para que lo tengan por modesto; halagar el amor propio de los periodistas para captarse la benevolencia y la amistad de los críticos; amistad y benevolencia que tan convenientes, más aún, tan necesarias son á los que del teatro viven.

Las afirmaciones de Bergerat, por consiguiente, ni son exactas, ni son sinceras. Bergerat no cree, no puede creer, que el libro sea el sueño y el periódico la vida; Bergerat no cree, no puede creer, que en cien artículos se contenga todo el bagaje literario del presente siglo; lo dice, sin embargo — recordando tal vez aquella antigua fórmula del contrato *facio ut facias*, — en la confianza de que la prensa corresponderá á esos halagos sosteniendo, cuando la ocasión llegue, que Bergerat es el autor dramático más admirable que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Convengamos, pues, en que el buen Bergerat dejó escapar el incensario y lo rompió en las narices de la prensa.

* *

Menos afectado y más razonable es lo que escribió, sobre el mismo tema, Adolfo Brisson.

«El periodista, dijo, es lo mejor y lo peor que hay en el mundo. Realiza el bien y realiza el mal; defiende la verdad y defiende el error. Envidiadlo, porque disfruta la satisfacción de manifestar en voz alta lo que piensa. Compadecedlo, porque consume en una labor efímera más energía y más talento que los que habría menester para labrar una obra muy duradera.»

Como se ve, Brisson opina lo contrario que Bergerat; piensa, y está en lo justo, que la labor del periodista es efímera. Algo más afirmaba Brisson, pero como lo substancial de su respuesta se halla en las palabras que he reproducido, pienso que no hay necesidad de transcribir las restantes.

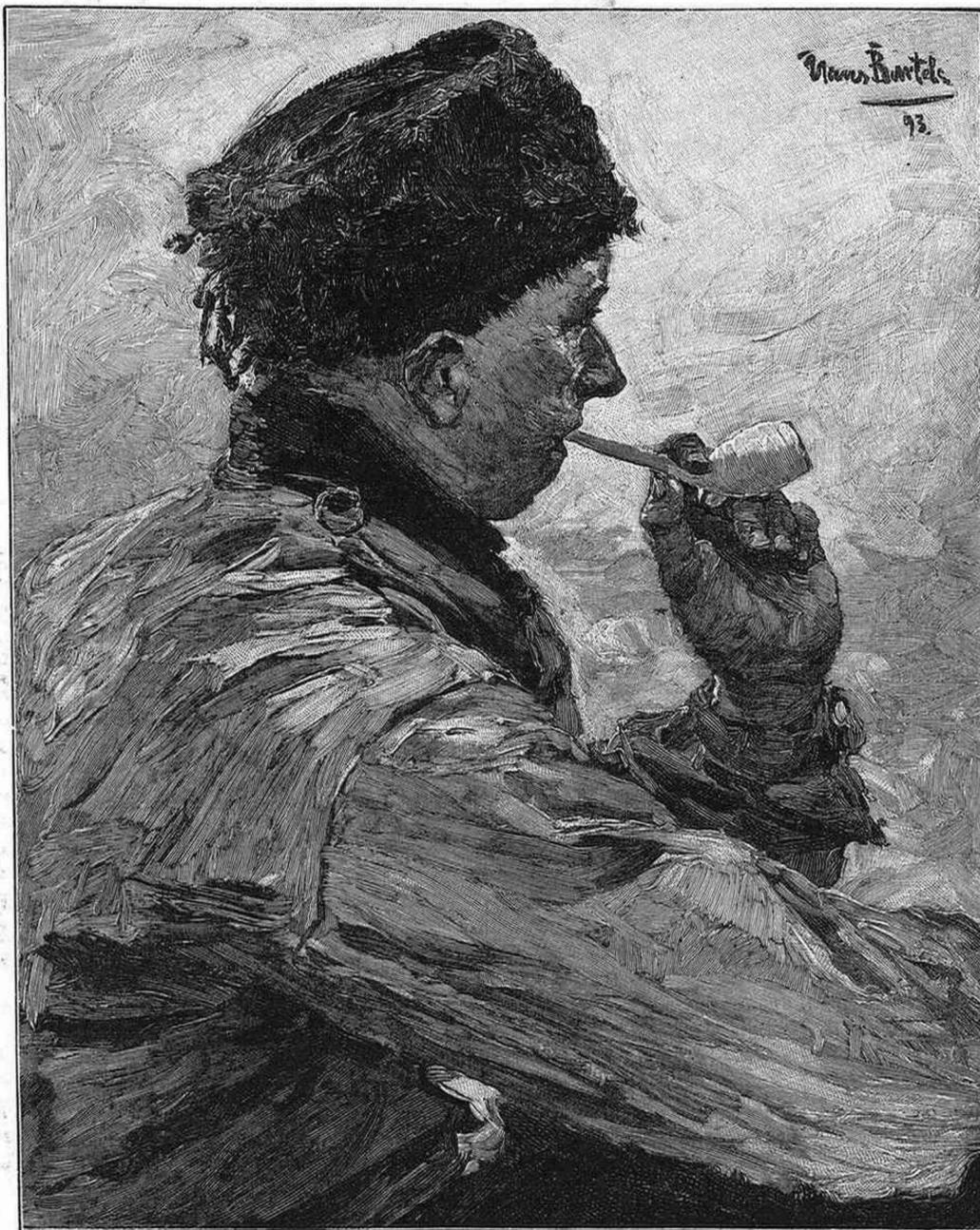
* *

Julio Claretie no dice lo que es el periodista; dice lo que, en opinión de muchos, debería ser.

«Debería, escribe Claretie, saberlo todo; debe, á lo menos, aspirar á estudiarlo todo.»

Mucho saber y mucho estudiar se me figura eso que Claretie nos pide. — ¡Saberlo todo! Pero ¿quién puede conseguirlo? ¡Estudiarlo todo! ¿Quién se atreve á intentarlo? — Si á cualquiera de los muchos, de los *muchísimos* periodistas que en Madrid obtienen por toda remuneración *cincoenta pesetas* al mes, pesetas que en ocasiones son meramente nominales, se le aconsejara, como hace Julio Claretie, que *lo estudiase todo*, respondería al consejero: «¿Le parece á usted poco estudio el que me impone la necesidad de vivir y de mantener á mi familia con un salario que no llega á tres duros por semana? Cuando he conseguido resolver el problema de la existencia, cobrando — si es que los cobro — doscientos reales mensuales y presentándome decentemente vestido y ataviado con decencia en las antecámaras de los ministerios y aun en los despachos particulares de los ministros para *hacer la información*, ¿le parece á usted que no he estudiado bastante? Pues á buen seguro que ni el más sabio de los siete sabios de Grecia, si sólo para eso resucitara, conseguiría hacer otro tanto.»

Es indudable que Julio Claretie ha padecido el error (inconcebible en él) de tomar el continente por el contenido; ha supuesto que el periódico es el pe-



ESTUDIO AL ÓLEO PARA EL CUADRO «NOCHE DE LUNA EN EL ZUIDERSEE,» obra de J. Bartels

publicadas por *Le Gaulois*, que es el periódico á que me he referido.

Prescindo adrede, y hasta con premeditación, de las palabras atribuidas por *Georges Docquois* al autor insigne de *La comedia humana*, á H. de Balzac, del cual dicen que dijo:

«*Le journaliste est une pensée en marche, comme le soldat en guerre,*» y prescindo de ellas porque sin que yo dude, ni por un momento, de la veracidad de *Mr. Docquois*, no recuerdo haber visto esa definición en las obras de Balzac, ni (hablando francamente) la frase, por lo insubstancial, me parece suya.

Puede ser que lo sea; pero no merece serlo.

Por otra parte, el periodista definido por Balzac, puesto caso de que, en efecto, haya sido Balzac el definidor, es el periodista de hace sesenta años, y los periodistas en los albores del siglo vigésimo no se parecen á los de la primera mitad del *décimonono*.

Acerca de este último, véase lo que escriben algunos literatos de ahora.

¿Qué es el periodista?, se preguntaba el autor dramático Emilio Bergerat, y el susodicho autor se responde á sí mismo:

«... el periodista es el escritor moderno, ni más ni menos; tal cual la democracia lo pide, lo da y lo emplea. Pero necesitaría yo un libro... ustedes perdonen, un artículo he querido decir, para demostrar esta verdad. Todos los grandes literatos del presente siglo han sido ó se han hecho periodistas, porque el libro es el lado y el periódico es la vida.»

«Si algunas páginas de lo escrito en el siglo diecinueve nos sobreviven, el periódico será el encargado de dárselas á nuestros descendientes. ¿Qué editor coleccionará en un *Libro de oro* los cien artículos cé-



ATENEU
BIBLIOTECA
MADRID

EN LA PLAYA, estudio al óleo de Juan Bartels

riodista. Y son dos cosas muy distintas, aunque íntimamente relacionadas, como son cosas distintas, si bien unidas con lazo indisoluble, el todo y la parte.

En lo que *Claretie* acierta es en aconsejar á los periodistas que sean justos; yo les aconsejaría que además de ser justos fuesen muy sinceros.

* *

Formentin se burló (y creo que hizo bien) del peregrino pensamiento de reglamentar un aprendizaje para el oficio de periodista; de convertir en carrera el periodismo.

«Se nace periodista, dice *Formentin*, como se nace poeta ó músico. Los mejores maestros del mundo no conseguirían dar á sus discípulos lo que no se adquiere: viveza de entendimiento, facultad de asimilación rápida, habilidad para fingir que se sabe todo aquello de que se habla, cuando muy á menudo sólo se sabe la mitad y gracias.»

Formentin terminó sus manifestaciones con las siguientes frases:

«Girardin pretendía que para ser buen periodista era suficiente tener una idea por día. Este glorioso antecesor nuestro resulta muy poco exigente; un periodista ha de tener ideas á todas horas. Esto es justamente lo que no se aprende en las escuelas.»

Admitida esta aseveración de *Formentin*, quedaban borrados de una plumada, en la lista de los que viven del periodismo, los innumerables periodistas que se consagran á exponer, no las ideas propias, sino las ajenas.

* *

Giffard sostuvo que el periodista debe tener, sobre todo, tacto.

Es decir, que para *Giffard* lo absolutamente indispensable para ser buen periodista es poseer lo que llamamos aquí el sexto sentido, el de hacerse cargo. Eso me parece verdad, sólo que, á mi juicio, es tan necesario para ser periodista como para ser otra cosa cualquiera.

M. Henri des Houx dijo, lo mismo que *Formentin*, «se nace periodista como se nace poeta,» afirmando en consecuencia que el periodismo «si no es el más vulgar de los oficios, es un arte inaccesible para los profanos, fácil para los elegidos.»

* *

Henri Lavedan, el aplaudido autor cómico tan celebrado en España por nuestros modernistas, salió del apuro copiando lo que (hace ya muchos años) dijo acerca de los periodistas el autor de *La piel de Zapa*, H. de Balzac. Es lo siguiente:

«No soy devoto del periodismo; diré más..., lo aborrezco; es una fuerza ciega y sorda, insubordinada y perversa; sin moralidad, sin tradiciones, sin objeto; él, como los carniceros, mata por la noche para alimentarse al día siguiente de lo que ha matado. Pero sea como fuere, es una fuerza, la fuerza del siglo, es menester que nos inclinemos ante ella. Esta fuerza sirve para todo, impulsa hacia todos los puntos de la circunferencia; es la única, por hoy, que tiene poder para derribar y por consiguiente para reemplazar lo que ha derribado.»

Henri Lavedan que, por lo visto, es de los que saben nadar y guardar la ropa, ó si ustedes lo prefieren, lanzar la piedra escondiendo la mano, ha dicho á los periodistas de ahora, aunque colgando el mochuelo á Balzac, lo que éste decía de los periodistas de hace sesenta años.

Para *Mézières* el periodista que tenga abundancia de noticias, rapidez para su adquisición y seguridad en su certeza, es el periodista modelo.

Ya se echa de ver que *Mézières* sólo considera periodistas á los noticieros.

Poincaré declaró que, á su entender, el periodista es... un hombre.

Parece que á *Poincaré* le costaba trabajo hacer esta concesión á los que consagran su actividad y su inteligencia al periodismo.

En cambio, y para que se vea lo que son las cosas, *Octavio Uzanne* mostró empeño en que el periodista fuese un *Pico de la Mirandola* moderno; tan sabio como el antiguo y con más agudeza de ingenio que él; que lo hubiese visto todo, que todo lo hubiese leído, que hubiese recorrido el Universo y que todo se lo hubiese asimilado y lo conservase en la memoria; un espíritu en que se hallasen resumidos *Pitágoras*, *Hipócrates*, *Aristófanes*, *Dante* y *Voltaire*. Quería también *Uzanne* que el periodista, en concepto de sembrador, lanzase únicamente buen grano; que representase la dignidad de su apostolado; profesase la moderación; no prodigase jamás la injuria; tratase más de los hechos que de los hombres, y

procurase apaciguar las disensiones políticas, sociales y literarias.

Entre la opinión de *Poincaré*, para quien el periodista apenas si es un hombre, y la de *Uzanne*, á cuyos ojos el periodista es casi un Dios, ustedes elegirán la que más razonable les parezca.

Por mi parte declaro lealmente que después de estudiadas las definiciones que preceden, sigo creyendo que del periodismo no es posible hacer una facultad universitaria y empiezo á sospechar que ya no sé lo que es el periodista.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LOS HOMBRES BUENOS

La vida del hombre bueno — y pongo por tipos algunos de la clase media porque sirven mejor á mi propósito — caracterízase, como la del *hombre malo*, desde la niñez.

En ella empezó aquél por ser envuelto en finos pañales, que bien podía costearlos el padre, ya por ser letrado de acreditado bufete, ya por constituir su negocio la fabricación de harinas en grande escala, bien por ocupar elevado puesto en la burocracia.

Hízole los calostros robusta y joven nodriza montañesa, de apretadas y fecundas ubres, y á partir de la lactancia hasta que acabaron sus días, su alimentación fué uniformemente selecta y abundante. Dato es este por todo extremo fundamental, pues nadie — á no ser uno de la misma ralea que describo — se atrevería á negar la trascendencia que entraña en la vida humana el yantar no interrumpido en su necesaria periodicidad cotidiana, y por ende, grato á los sentidos y de fáciles y placenteras digestiones.

Despojado que fué de chichonera y de andadores, ingresó en acreditado colegio, congreso infantil de la prole de la principalía, y más tarde cursó carrera literaria ó científica, constituyendo sus primeras relaciones y amistades los vástagos más almidonados de estrupe linajuda ó adinerada.

Desde el sarampión, hasta las dolencias con que suelen afligir al hombre las pasiones juveniles que le impelen á buscar con vehemencia amores fáciles, le fueron combatidos por el protomedicato y por la *profarmacopea* — valga la frase, si expresa el pensamiento.

Durante el invierno, la previsión maternal le cubrió el pecho con tupida elástica; le vistió de fuertes y ricas telas, y en días lluviosos calzóle el pie con borceguí *acorchado*, y sobre el confortable gabán le colgó *enloquecedor impermeable*; le enguantó las manos en fina piel de Suecia, forrada de piel de borrego; en suma, le proveyó de abundantes y eficaces armas, con las cuales defenderse de las crudezas invernales.

En la casa, el cierzo se estrellaba en las dobles vidrieras biseladas; el pie se hundía en mullida alfombra, y si el granizo penetraba, airado é impetuoso, por la chimenea, hallaba súbita muerte en el hogar, repleto de chisporroteantes leños ó de candente coque.

Llegado el verano, emigró, primero en brazos de linda y pulcra niñera y siempre al amparo de la blanda autoridad maternal, á las playas más *en boga* y á los balnearios predilectos del *gran mundo*.

Siendo mozo, nunca le faltó blanca en la faltriquera; con largueza fué premiado por cada asignatura aprobada, y con la licenciatura y sobre todo con el doctorado recibió tanta de aquélla de manos de su progenitor, que pudo visitar los escenarios más inaccesibles, los *hoteles* más fastuosos, los *restaurants* más aristocráticos y los *camerinos* más impenetrables y codiciados, de las más excelsas *estrellas* del arte coreográfico, de las primeras capitales de Europa.

Al regreso de su triunfal paseo; acrecidos los naturales encantos de su belleza juvenil — *apolina*, según los autores del pimpollo — con las seductoras maneras y exóticas elegancias que en aquél adquirió, hubo de rendir la virtud de muchas nobles matronas; ganó batallas de amor sin cuento, y esclavizó, por fin, un sensible y lozano corazón... guarnecido de brillantes.

Aquí, ciérranse los *ciclos* de la niñez y de la primera juventud de nuestros héroes, cuyos rasgos generales les son comunes.

¿Qué hicieron en la edad madura y cómo acabaron estas *vidas de los hombres buenos*?

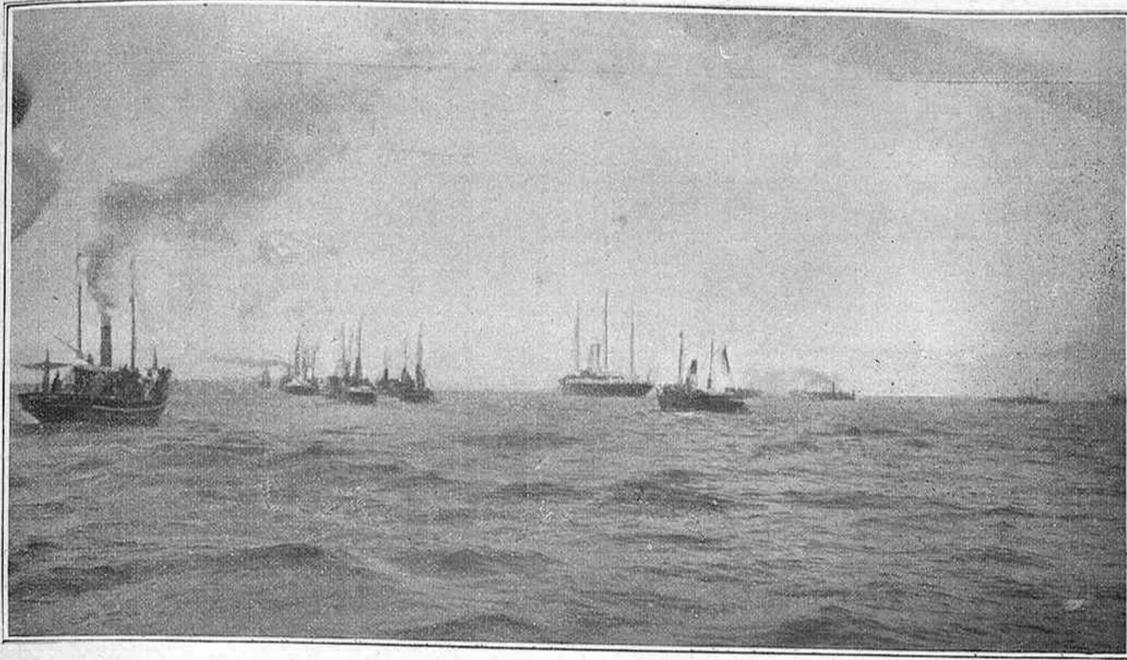
El hijo del letrado heredó, con el bufete de su padre, pingüe renta, nombre esclarecido en el foro, vastas y valiosas relaciones, tantas y tan buenas, que, á poco de casarse y por ser un *joven serio*, de *irreprehensible conducta* y *hombre de suposición*, ocupó un lugar en los escaños del Congreso de los Diputados; luego una dirección general, más tarde llegó á la senaduría; diéronle un título nobiliario, y acabó sus días siendo Ministro de la Corona, con reputación

de integérrimo y de sabio legista, si bien no faltaron libelistas envidiosos que amargaron las dulcedumbres de su medro y encumbramiento con la publicación de folletos, en los cuales se demostraba, con datos irrecusables, que en sus mocedades y á pesar de la liberalidad paterna, empeñaba cuanto objeto de valor había á mano en el hogar de sus mayores; que maltrataba de palabra y amenazó con obras á la tierna dama que lo llevó en sus entrañas, cuando ésta se negaba á sus frecuentes y exorbitantes demandas de dinero; que tardó *diez años* en cursar la carrera, después de pasear su ignorancia en vilipendiosa odisea por todas las universidades del reino; que contrajo deudas enormes, descontando la muerte de su padre; que la dirección primero y la poltrona ministerial después, fueron para él venero tan fecundo y exuberante, que no solamente pudo reponer el dote de su esposa, el cual dilapidó en el *baccarat*, en la Bolsa y en las aventuras cortesanas, sino que legó á su prole bienes enormes en inmuebles y semovientes. Todo lo cual no empeció para que la *masa social* se descubriera respetuosa y se inclinara piadosamente ante el cadáver de aquel que juzgó *varón justo* y para que aclamara su vida como *vida ejemplar del hombre bueno*.

El retoño del capitalista fabricante de harinas diferencióse tan sólo del que acabamos de biografiar sumariamente, en la destreza para *contrabandear* y defraudar al fisco; en las maquiavélicas combinaciones para acaparar y elevar los precios del producto de su industria, con grave perjuicio de sus compatriotas. Fué diestro en la creación de sindicatos, encaminados á enriquecerse á costa de la ruina de muchos, pese á la moral y á los sentimientos de caridad cristiana; presidió gremios y comisiones que trataron de potencia á potencia con los gobiernos, y sacudiéndose la harina que había logrado *sofisticar* hasta un grado inverosímil, y retirado de los negocios, ahito de doblones, conquistó, por derecho propio, un lugar en la Alta Cámara, donde gozaba fama de integérrimo y de competentísimo en materia arancelaria y tributaria, y más de una vez fué indicado por la *masa social* para regir la cartera de Hacienda. En su esquila mortuoria dábbasele tratamiento de *excelencia*; en ella se hacía constar que había muerto cristianamente, recibiendo con edificante fervor los Santos Sacramentos y la bendición de su S. S.; y los periódicos publicaron sendas necrologías, lamentando profundamente la pérdida de un ciudadano que había consagrado su larga existencia al acrecentamiento de los intereses materiales de su país, afirmando que el vacío que dejaba en la sociedad era muy difícil, cuando no imposible de suplir, y asociándose ardientemente al implacable dolor que afligía á su atribulada y respetable familia, para la cual deseaba la necesaria resignación y conformidad con los inescrutables designios del Todopoderoso.

Y el vástago del empingorotado burócrata, después de haber comenzado cinco carreras y de no acabar ninguna, obtuvo, mediante las *buenas aldabas de su padre*, una *placita* de vista en la Aduana de la Habana. El amoroso padre trabajó con ahinco la *partida*, tanto porque estaba harto de las haraganeñas y graves sinsabores que le proporcionaba su heredero y quería *quitárselo de encima*, cuanto para que el *chico hiciera allá* fortuna. Tanta logró en seis años que permaneció en *tierra de Indias*, que *ahorró* y se *trajo para acá*, en resguardos del Banco de Inglaterra, un *millonaje de duros* y una criolla dulce como el *mamey*, ardiente como el sol que tostó su agraciado rostro, la cual le entregó un dote de *dos millonajes* más; con cual *base* se estableció en la Corte, donde pronto fué aclamado nuevo *Fúcar* por su cuantioso capital, vencedor de *Lúculo* por las bacanales con que obsequiaba á su cohorte de aduladores, y más tarde, como invencible dictador en el mundo bursátil y bancario. También este prójimo fué miembro de la Representación Nacional, en cuyo *seno* riñó campañas, enarbolando bandera de moralidad y desgañitándose al fustigar la corrompida administración pública, y muy singularmente la de las Antillas; y si no en opinión de santidad, murió envuelto en oleadas de mirra é incienso, quemados en sus exequias, á las cuales concurrió cuanto de notable encierra la corte — según *cliché* conocido — en la política, la alta banca, la milicia, la prensa, la magistratura, el foro, la literatura y el arte; amén de los pobres de San Bernardino, los porteros del Congreso, una comisión del cabildo catedral y cincuenta niños huérfanos, que, á expensas del *prócer*, se asilaban en el establecimiento, del que fué fundador.

Resumiendo: los tres gozaron de la triple ventura: del bienestar material, no interrumpido ni acibarado por revés alguno de la fortuna; de la consideración general y de elevados puestos en la sociedad, y del amor de sus padres y abuelos, hijos, nietos y deu-



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - VIGO. - Entrada en el puerto de la escuadrilla convoyada por vaporcitos de pesca de aquella matrícula (de fotografía de Ocaña é hijos, de Vigo)

dos, en edad apropiada y por tiempo bastante para disfrutar de los inapreciables placeres morales que ofrece la familia.

No *sablaccaron jamás* á sus amigos y conocidos, así como no dieron *nunca* una peseta á cuantos se la pidieron, vituperando y execrando á los postulantes; pues, en su erróneo concepto de la vida, entendían que éstos no merecían socorro alguno, porque achacaban á vicio su necesidad ó su miseria, y porque los seres más inhumanos y más cerrados á la caridad son los que no padecieron hambre ni sed de justicia.

En cuanto á *los hombres malos*, su vida se sintetiza en el siguiente aforismo vulgar:

Vida del hombre malo: juega, y pierde; monta en calesa, y vuelca...»

Così va il mondo.

RAFAEL CHICHÓN.

EL TRAJE DE NOVIA

No había otro remedio, aquella noche era preciso velar, y así lo había dicho la maestra á todas sus oficiales cuando éstas dejaron el taller para irse á cenar.

Elisa llegó á su casa, una casa que ella, ella sola, sostenía desojándose en coser largas horas. Elisa no tenía aquella noche gran apetito; pensaba en algo muy recóndito que allá en el fondo de su alma guardaba, ó tal vez en que no debía entorpecer con una digestión pesada la difícil labor que en casa de su maestra, la modista más de moda en aquellos días, la aguardaba.

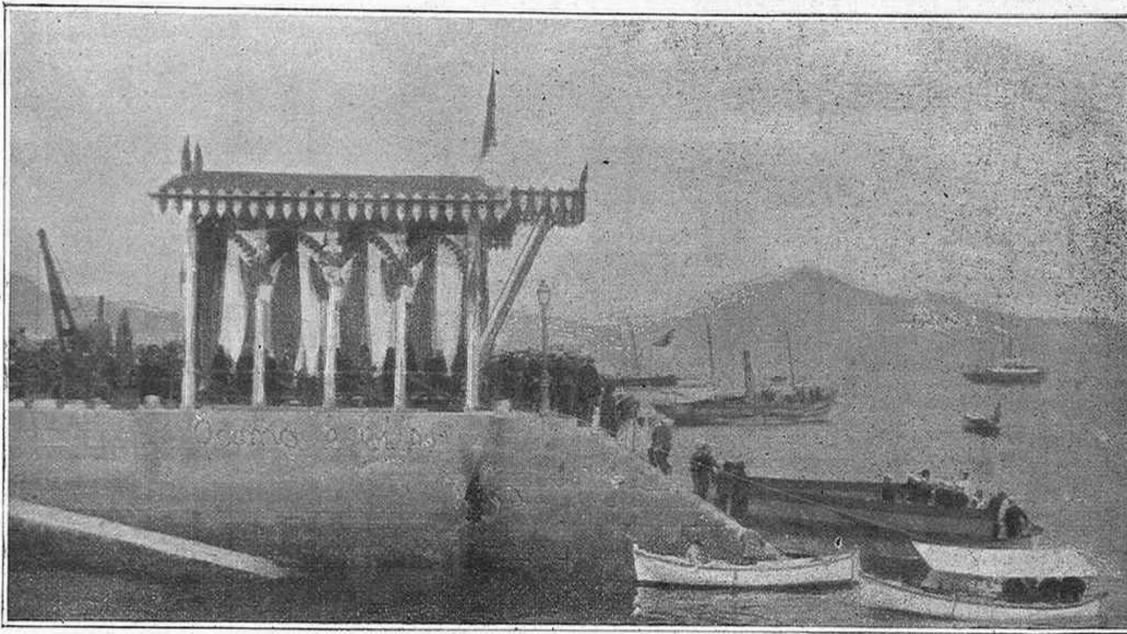
La muchacha tendría unos veintidós años, pero la verdad es que representaba más edad. No es que en sus mejillas, antes de rosa y ahora de azucena, los años hubiesen hecho surcos prematuros, ni que no fuese hermosa; lo era al modo de esas estatuas de mujeres romanas, que no son lindas como una vestal, pero que son bellas como una pitonisa. El tiempo no había transcurrido en vano, y ella llevaba mucho tiempo trabajando, desde que era una niña.

Gracias á ella, su padre enfermo, su madre casi ciega y su hermanito, un niño de nueve á diez años, podían ir saliendo adelante con la pesada carga de la vida. Aquella muchacha, que había entrado de aprendiz en el obrador de Laura, había llegado á ser la oficiala de más confianza de su maestra, y era por tanto lógico y natural que en todo caso de apuro, que así los llamaba la modista, ya fuese por lo delicado de la labor, ya por la urgencia con que había de hacerse aquélla, Elisa fuera la llamada en primer lugar.

Por eso, ella que aparte su modestia lo sabía, aquella noche, casi sin cenar, salió muy de prisa de casa; y con un paso menudito y ligero, desesperación de perseguidores y de conquistadores trasnochados, sin escuchar un requiebro ni detenerse ante un escapa-

rate, llegó á la casa donde estaba el taller, transpuso el portal, y taconeando con sus zapatitos de charol, subió la escalera con la agilidad de una niña.

El motivo de la velada de aquella noche no podía ser más poderoso. Tratábase nada menos que de te-



VIAJE DE SS. MM. Y AA. - VIGO. - Desembarque de la familia real (de fotografía de Ocaña é hijos, de Vigo)

ner terminado para antes del amanecer un magnífico vestido de boda. Verdad es que la modista tenía en su casa la tela, y por tanto el encargo para aquella confección, desde hacía tres semanas; pero, como suele siempre ocurrir, habíanse presentado otros tra-

bajos perentorios, y la obra más de importancia había quedado para última hora, para cuando apenas si quedaba tiempo para concluirla; porque menos mal que ya estaba probada.

El compromiso en que se hallaba la maestra no era menudo. Si por su culpa había que retrasar aquella boda ó tenía que ir la novia á casarse de negro, ¿con qué cara iba doña Laura á presentarse á su parroquiana? Afortunadamente allí estaban las oficialas, y Elisa entre ellas, capaces de hacer la labor más difícil y en menos tiempo que nadie por salvar á su maestra.

Así fué como todas pusieron con gran ahinco á trabajar, y Elisa, á quien le fué encomendada la parte más difícil, con más deseos que ninguna.

Cuando ya los quinqués hacían gran contraste con su luz amarillenta destacándose sobre los primeros resplandores azules de la aurora, y ya los párpados tendían á cerrarse, y el enhebrar de una aguja se hacía ya difícil á las más hábiles, la maestra, dirigiéndose á Elisa, le dijo:

- Anda, hija mía, ya queda muy poco; date prisa... de cualquier modo.

- Y diga usted, preguntó entonces la oficiala en cuyos ojos ya se adivinaba el insomnio, ¿quiénes son los novios?

- Pues no hemos hablado poco de ellos..., el marquesito de la Cueva y Marieta Lanzas, respondió la maestra.

Elisa siguió cosiendo, y sin darse de ello cuenta, quedó terminado el vestido antes de lo que ella creía. Su espíritu, en efecto, estaba muy lejos del obrador; estaba con aquel ingrato, con aquel estudiante de Derecho á quien había querido tanto, con el que la

había prometido casarse en cuanto terminase la carrera, y que luego desapareció un día sin saber por qué, truncando todas sus soñadas venturas, con Anselmo, el hijo de los marqueses de la Cueva.

Dos lágrimas inoportunas salieron de aquellos ojos apagados, rodaron salvando el amoratado círculo que los rodeaba, llegaron á las mejillas, y una de ellas fué á caer sobre el blanco gro del vestido.

Elisa ocultó sus lágrimas y su dolor, y procuró que la diminuta gotita que había manchado la tela no se viese.

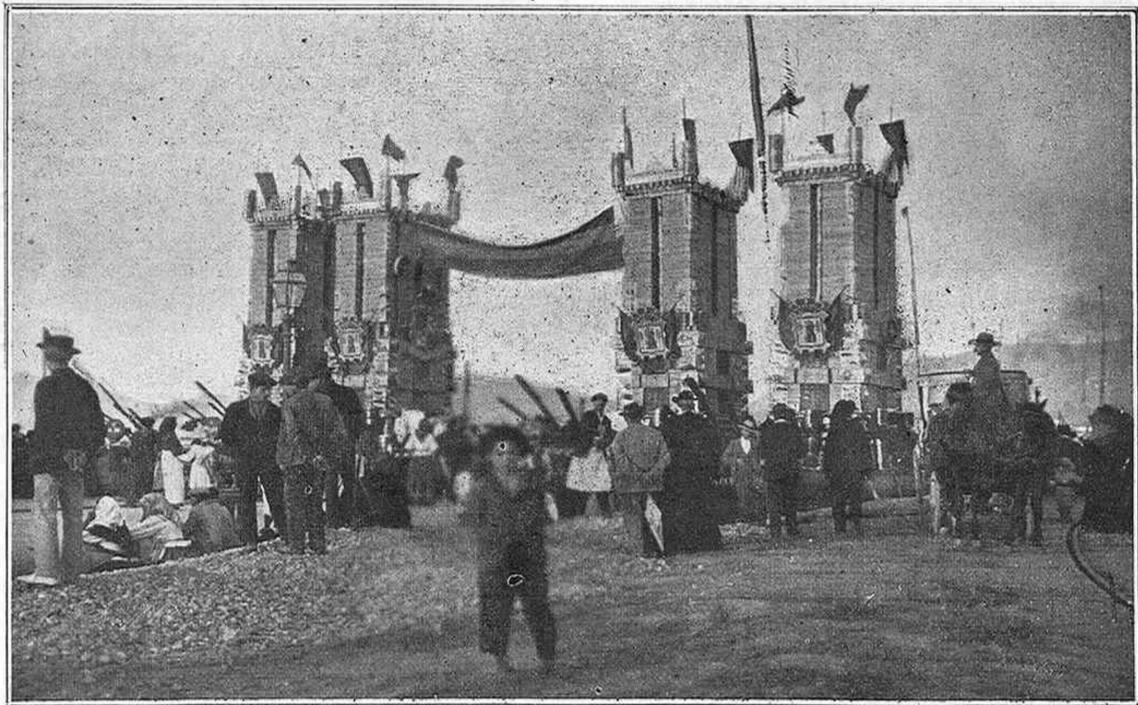
La tarea estaba terminada, y á casa de la novia fuése á entregar el traje la maestra.

Celebrada la ceremonia se dió una coincidencia muy curiosa aquella mañana.

Mientras Elisa caía en su casa presa de la fiebre, Marieta Lanzas reparaba en una

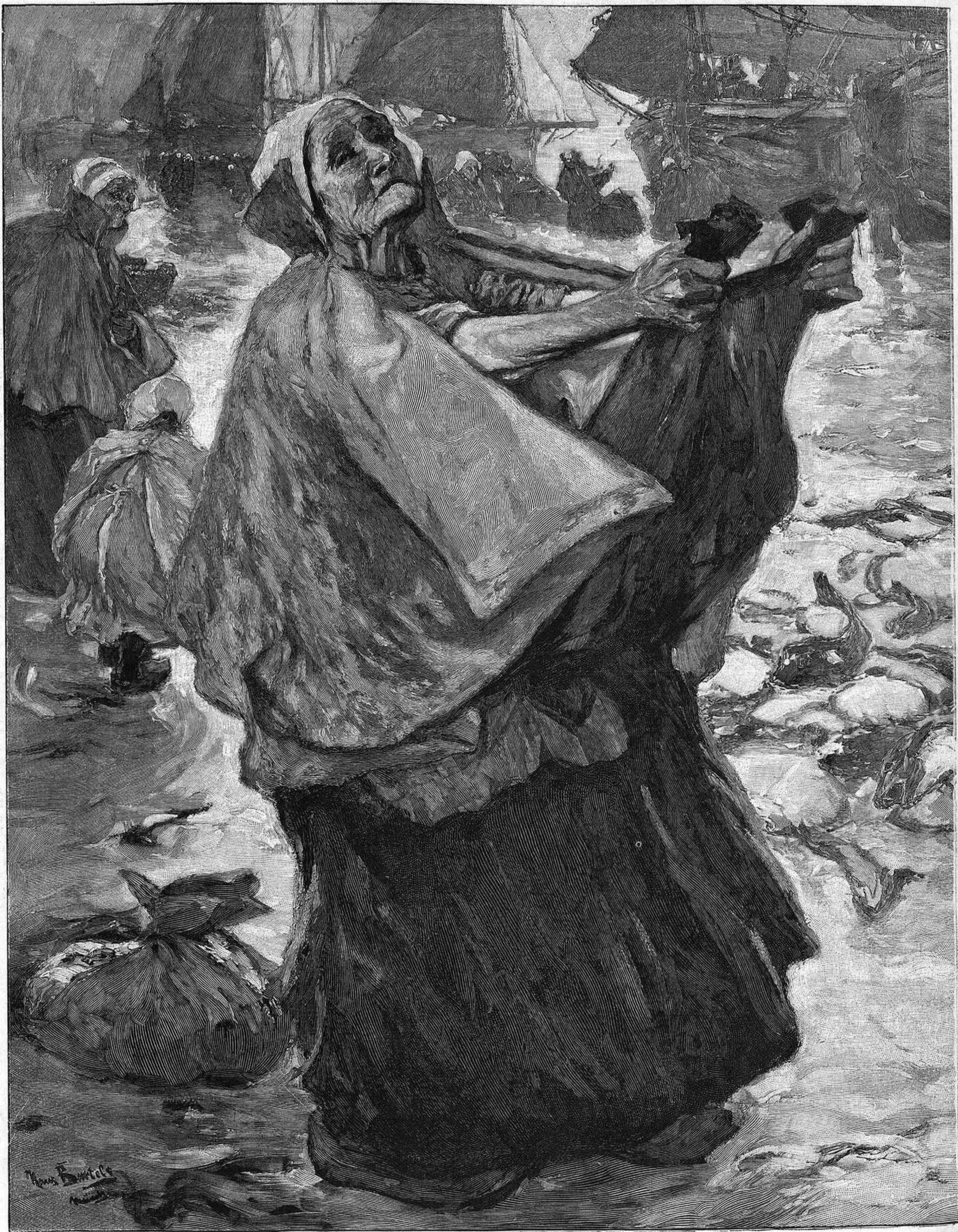
manchita casi imperceptible que tenía en la falda, y cuando la obrera exclamaba: «¡He podido ser despedida!» la recién casada decía á su madre: «¡Cuidado que son descuidadas las modistas!..»

P. GÓMEZ CANDELA.



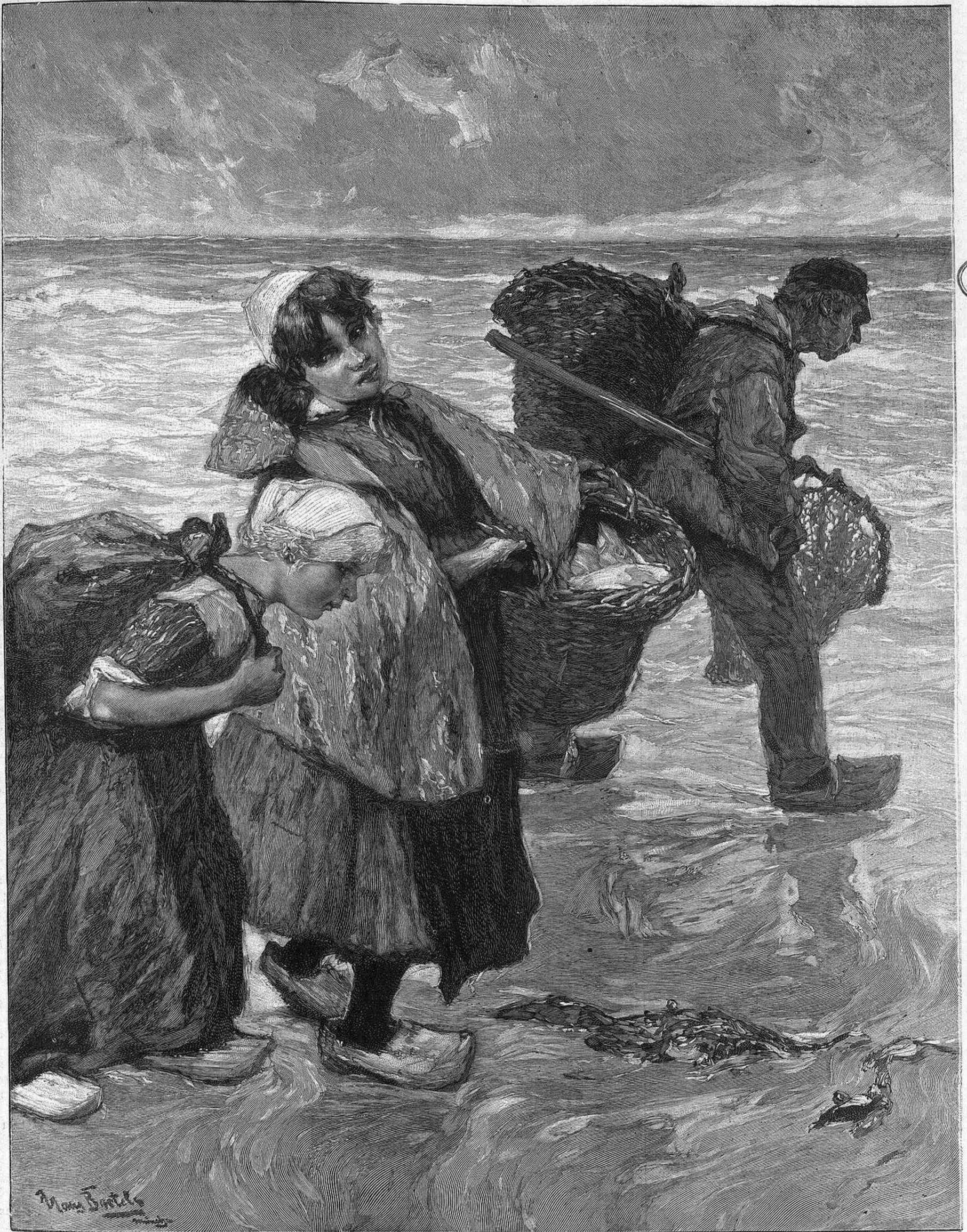
VIAJE DE SS. MM. Y AA. - VIGO. - Arco levantado en el muelle por los traineros con barricas de pescado, cajas y latas de conservas, redes y artefactos de sus fábricas (de fotografía de Ocaña é hijos, de Vigo)





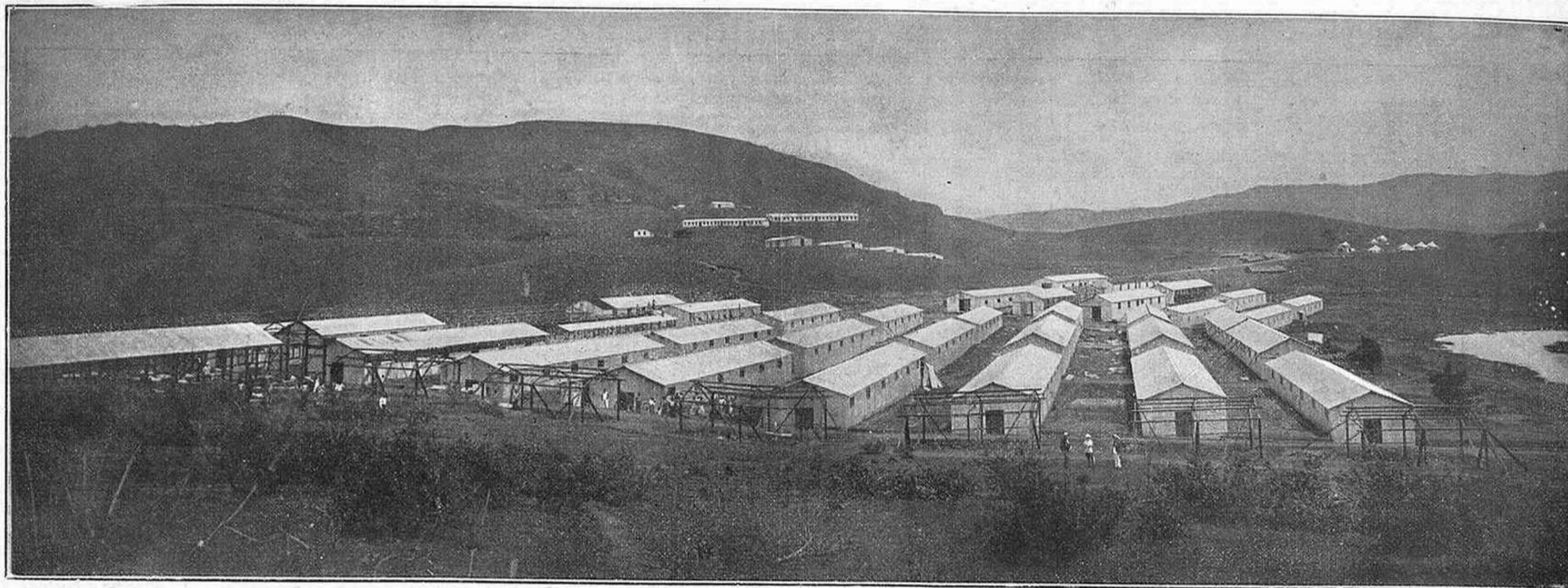
UNA MENDIGA DE PLAYA, cuadro de Juan Bartels





ATENEU
BIBLIOTECA
MADRID

NIÑAS PESCADORAS, cuadro de Juan Bartels



GUERRA ANGLO-BOER. - CAMPAMENTO DE PRISIONEROS BOERS EN DIYATALAWA, CEYLÁN (de fotografía)

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Todas las noticias que del teatro de la guerra se reciben parecen indicar que la lucha toca á su fin, especialmente en el Transvaal. La toma de Lydenburg por el general Buller ha sido un golpe casi decisivo, y si es cierto, como se asegura, que el presidente Kruger ha llegado á Lorenzo Marqués, y que el general Botha ha establecido negociaciones para su rendición, bien puede decirse que la pacificación completa de aquel país es cuestión de muy poco tiempo, lo cual no quiere decir que no queden algunas partidas sueltas que causen todavía algunos daños á los ingleses.

En el Orange los boers se encuentran en mejores condiciones, pues consiguieron apoderarse de Ladybrand que abandonaron en seguida, después de haber cogido muchos víveres y caballos, y el general De Wet, que allí opera y está resuelto, al parecer, á proseguir la lucha hasta el último extremo, ha obtenido algunas otras pequeñas victorias sobre sus adversarios. Para acabar con este estado de cosas, lord Roberts ha dictado una proclama conminando con las penas más severas á los orangistas que falten al juramento de neutralidad que se les obligó á prestar después de la anexión.

El presidente Kruger ha teleografiado á lord Salisbury y á todas las potencias protestando contra la anexión del Transvaal decretada por lord Roberts; esta anexión ha sido muy censurada por toda la prensa europea, incluso por algunos periódicos ingleses, diciendo que con ella sólo se propone Inglaterra poder tratar como rebelde á un pueblo que defiende su independencia contra la inicua agresión de que ha sido víctima.

Pero todo ello de nada servirá, y las antiguas repúblicas boers pasarán á ser posesiones inglesas, sin que nadie salga á defender los fueros de la humanidad, de la razón y de la justicia.

Lord Roberts regresará de un momento á otro á Inglaterra para substituir á lord Wolseley en el cargo de generalísimo del ejército inglés, quedando Buller de general en jefe en Africa. También regresará pronto la mayor parte de las tropas inglesas del Africa del Sur, quedando allí solamente, según se dice, 25.000 hombres. ¿Se reproducirá la lucha cuando quede de tal modo reducido el ejército de ocupación?

Antonio Vollon.—Víctima de una fiebre infecciosa determinada por una insolación que contrajo un mes antes en Versalles, ha muerto en París en 27 de agosto último el célebre pintor Antonio Vollon. Había nacido en Lyon en 20 de abril de 1833, y fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de



EL CELEBRADO PINTOR FRANCÉS ANTONIO VOLLON fallecido en París en 27 de agosto último

aquella capital. Sus naturalezas muertas son universalmente conocidas y atestiguan un sentimiento artístico muy elevado. Fué un excelente pintor que alcanzó ruidosos triunfos durante su carrera, noble ejemplo de voluntad y de ardor para el trabajo. Su producción abundante ha sido fecunda en obras maestras;

sus cuadros eran la obra de un artista de brillante imaginación que se complacía en amontonar dificultades para darse el gusto de vencerlas y que se esforzaba por conseguir, no una interpretación relativa, sino una representación capaz de producir la ilusión de la realidad. Recientemente había sido elegido miembro de la Academia de Bellas Artes. Ha muerto cuando el jurado internacional de la Exposición de París acababa de otorgarle un premio de honor.

Federico Guillermo Nietzsche.—Este famoso filósofo poeta alemán, que ha fallecido en Weimar el día 25 de agosto último, nació en 15 de octubre de 1844 en Roecken, cerca



EL FILÓSOFO ALEMÁN FEDERICO NIETZSCHE fallecido en Weimar en 25 de agosto último

de Lützen (Sajonia), y á la edad de cinco años tuvo la desgracia de perder á su padre, párroco de aquella aldea y descendiente de noble familia polaca. Llevóle entonces su madre á Naumburgo, en cuyo gimnasio causó la admiración de profesores y condiscípulos por la profundidad de sus ideas y la brillantez de su estilo. En el otoño de 1864 estudió Teología y Filosofía en la Universidad de Bonn; pero al poco tiempo consagróse casi exclusivamente al estudio de la Filología con el ilustre filólogo Ritschl, á quien siguió á Leipzig, y en 1866, por recomendación de su maestro, fué nombrado profesor auxiliar de Filología clásica en la Universidad de Basilea.

Desde su juventud conoció profundamente la filosofía de Schopenhauer y la música de Wagner, de quien era amigo íntimo y admirador entusiasta, y á principios de 1870 dedicóse á completar los estudios que ya tenía hechos sobre Goethe y Emercon y á estudiar á fondo las obras de Byron, Shakespeare y de los clásicos franceses, sobre todo las de los prosistas del siglo XVII.

El primer libro importante de Nietzsche fué *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música*, escrito en 1872, en el cual prevalecen las ideas de Schopenhauer y Wagner. Cuatro años después rompía sus relaciones con el filósofo y el músico alemanes, y en 1881 se declaró resueltamente enemigo de la tradición y de la concepción cristiana del mundo y de la vida, exponiendo sus doctrinas sobre estos puntos en las obras *Aurora*, *Pensamientos sobre prejuicios morales* y *La ciencia alegre*. Las ideas aristocrático-radicales acerca del porvenir que en estos trabajos exponía, fueron por él ampliadas y definitivamente concretadas en *Así habló Zaratustra*, *Allende el Bien y el Mal*, *Para la genealogía de la moral*, *El caso Wagner* y *El crepúsculo de los ídolos*, que escribió desde 1883 á 1889.

Ya en 1876 un grave padecimiento cerebral obligóle á descansar de sus fatigas mentales, y en 1879 hubo de renunciar á su cátedra de Basilea. Desde entonces pasaba el verano en la

alta Engadina (Suiza) y el invierno en la Riviera y en Venecia, consagrado á escribir las obras que dejamos mencionadas; pero en 1889 vióse atacado de enajenación mental y hubo necesidad de encerrarlo en una casa de salud de Jena.

Nietzsche, cuyas doctrinas filosóficas han dado lugar á tantas discusiones, ha sido ante todo y sobre todo uno de los más brillantes estilistas alemanes del presente siglo.

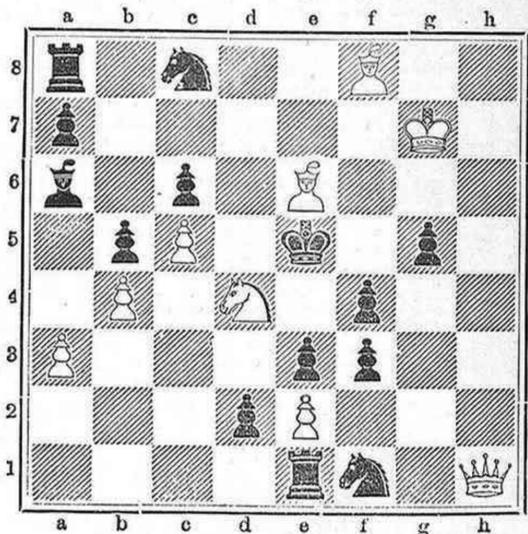
Viaje de SS. MM. y AA.—VIGO. — En el número anterior describimos el viaje que sus SS. MM. y AA. han realizado por las costas Noroeste de la península, y nos ocupamos de la visita hecha por las reales personas á la importante ciudad de Vigo. El recibimiento que allí se dispuso á los regios huéspedes fué, como en todas partes, entusiasta, y los festejos que en honor de los reyes se organizaron fueron brillantes. Las fotografías que en el presente número publicamos y que reproducen la llegada de la escuadrilla, el desembarque de SS. MM. y AA. y el notable arco de triunfo levantado por los defensores del procedimiento de pesca llamado de las trañas, que constituye quizás la principal riqueza de Vigo, nos han sido enviadas por los reputados fotógrafos de aquella población Sres. Ocaña é hijos, á quienes agradecemos profundamente la galantería dispuesta á nuestro periódico.

La canción de la patria en 1814, cuadro de Pedro Blanqué.—Esta obra está inspirada en un episodio interesante de la historia de la República Argentina: en 1814, á raíz del primer estallido de la revolución, en un salón aristocrático de Buenos Aires, una señorita rodeada de sus familiares, animada por el fuego del entusiasmo, vestida con la blanca y azul túnica argentina, sujeto el abundoso cabello por el airoso gorro frigio, entona el himno de la patria mientras enarbola la enseña bajo la cual luchan sus compatriotas por la independencia. La composición de Pedro Blanqué, cuyo nombre es ya conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, está dispuesta y ejecutada con acierto y es una nueva prueba de sus aptitudes artísticas, especialmente consagradas á conmemorar hechos notables de la historia de aquel país.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 209, POR L. NOACK

NEGRAS (14 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 208, POR O. LOBBECKE

- | | |
|--------------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A g 7-h 6 | 1. R d 6-e 5 |
| 2. C g 5-f 3 jaque | 2. R juega. |
| 3. A mate. | |

VARIANTES

- 1..... R d 6-e7; 2. C g 5-f7; etc.
 1..... R d 6-e5; 2. C g 5-f3; etc.
 1..... Otra jag.; 2. C g 5-f7; jaque, etc.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

El día siguiente estaba instalado en casa de su bienhechora.

Entonces, en aquella sombría vivienda, donde había reinado la más profunda tristeza, penetró como

Y él le daba el nombre de «madre» en el fondo de su corazón.

¡Ah, si hubiese tenido una madre como aquella! Cosa extraña. En sus largas meditaciones de niño

manos de *Caracol*, quien descubriría entonces su paradero.

Cierta mañana, Elena recibió una carta en que el capellán de la *Roquette* llamaba su atención acerca



¡Calla! ¡La quinta de la abuelita!

un rayo de sol y de alegría, que todo lo iluminaba. Sol de invierno, es verdad, algo pálido, pero de dulce calor, grato á los enfermos, en quienes infunde la esperanza de caricias primaverales.

Elena continuaba siendo la madre sin consuelo y la viuda que no olvida jamás.

La herida de su corazón no se restañaba.

Tenía siempre fe en una resurrección posible de los seres amados que habían desaparecido.

Ahora aparecía un albor de esperanza en el horizonte de su sombría existencia.

A veces acudía á sus labios una sonrisa menos desolada, contemplando al infeliz niño acogido por ella.

Más que un extraño, agradecido á las bondades de una desconocida, parecía un hijo respetuosamente afecto á su madre.

Hubiérase dicho que tenía adivinaciones inspiradas por el corazón y que sólo el corazón comprende; solicitudes y atenciones espontáneas, que tan gratas son para el que es objeto de ellas.

Por su parte, Elena era para el niño como una madre cuidadosa.

Y á veces, su corazón estaba á punto de estallar en un grito:

— ¡Fanfán!

¿Amaría, acaso, á aquel Claudio, para ella desconocido, como hubiera amado á su propio hijo?

Los dos niños ¿se confundían para ella en uno solo?

Desde luego enseñó á Fanfán á leer y á escribir.

El muchacho, temeroso de causar el menor desagrado á su bienhechora, se aplicaba cuanto podía.

Sus progresos fueron prodigiosamente rápidos.

A instancias de Elena, el maestro de Moisselles fué á continuar la instrucción del muchacho.

Y todas las noches, éste hacía sus temas al lado de ella.

— Así hubiera yo hecho con Fanfán, pensaba la pobre madre.

Y sus ojos se inundaban de lágrimas.

Viendo lo cual, el niño, á fin de distraerla de sus dolorosos pensamientos, le pedía la explicación de algún pasaje difícil.

Ella se hacía la ilusión de que tenía á su hijo.

cuya vida ha sido una serie de penalidades y tristezas, se preguntaba á veces:

— ¿Ceferina es realmente mi madre? ¿No he perdido yo el recuerdo de algo?

Pero en seguida rechazaba aquel pensamiento como absurdo.

Por desgracia, *Caracol* era su padre y Ceferina su madre.

Pero ¿qué importaba, si no había de volverlos á ver?

¡Oh! ¡Eso nunca!, ¡nunca!

Las mentiras dichas á la «buena señora,» á su llegada á Moisselles, le pesaban sobre la conciencia.

Elena le decía á menudo que la mentira era una cosa muy fea y muy mala.

Y él había mentado una y otra vez con espantosa insistencia. La había engañado, á ella, tan buena y generosa...

Elena no le había vuelto á hablar de sus padres. Pero ¿no estaba él en el deber de confesarle la verdad? Tenía ahora la seguridad de que no le despediría. Sin embargo, no se atrevía á hacer su confesión.

Ahora, más que nunca, comprendía la profundidad del lodazal en que había vivido.

Le daba vergüenza hablar de él. Le daba vergüenza confesar que la indigna pareja á la que daba los nombres de padre y madre vivían envueltos en aquel fango.

Y recordaba, con estremecimientos de horror, que había robos y crímenes en la existencia de aquellos miserables... ¿Tenía, acaso, el derecho de denunciarlos, él que había comido de su pan?

Cada noche, en sus oraciones, Elena le hacía añadir el nombre de su padre y el de su madre á los de aquellos para quienes imploraba la bondad divina. Y el niño oraba con fervor para que aquellos desdichados se arrepintiesen y cambiasen de vida.

Pero sentía que no tendría jamás el valor de volver otra vez sin estremecerse de horror.

A menudo se acordaba también de Claudinet, pues la amistad por su infeliz compañero no había disminuído.

Buscaba el medio de cambiar noticias con él, pero la prudencia le detenía siempre.

Temía que su carta, en caso de escribir, cayese en

de un niño que de aquella cárcel había sido enviado á la colonia agrícola correccional de Orgeval y en quien algunas circunstancias coincidían con las del que ella había perdido.

Después de haber leído la carta, Elena contempló en silencio á su joven protegido, que se encontraba en el jardín cogiendo flores para el ramo que cada mañana solía ofrecer á su protectora.

Palideció, y dejándose caer en una butaca, se echó á llorar.

El afecto que había puesto en aquel niño ¿era tan poderoso que debilitaba el legítimo amor que debía á su hijo?

¿O bien, después de haberse engañado tantas veces, no se atrevía á dejarse llevar de una nueva esperanza?

Corrió las cortinas por no ver el jardín, y fué á reconfortarse en sus recuerdos á fin de reanimar una llama que sentía menos ardiente en ella.

En vez de ir ella misma á Orgeval, aceptó el ofrecimiento del administrador de Correos de Moisselles, Paul Vernier, que sentía por Elena un secreto y grande amor platónico y se desvivía por servir á la desgraciada señora.

Tres horas después de haber tomado el tren su leal amigo, Elena recibió de él un telegrama que decía:

Indicación errónea. Parecieron los padres.

Aquella decepción no le arrancó de pronto ninguna lágrima.

Casi instintivamente abrazó al niño, cubriéndole de besos.

Era ya muy tarde cuando Paul Vernier regresó á Moisselles.

Sin embargo, antes de volver á su casa pasóse por la de Elena y llamó.

Abrióle el jardinero.

— Sírvase usted decir á la señora que deseo hablarle inmediatamente.

Elena se encontraba sola todavía en el salón. El niño estaba acostado.

— Que pase el Sr. Vernier, dijo ella con inquietud.

Y cuando el joven se halló en su presencia, preguntóle:

— ¿Qué ocurre? Recibí un telegrama anunciándome el resultado negativo de su viaje. ¿Se equivocó usted acaso?

— Mi telegrama es exacto, señora. El niño de Orgeval no es su hijo. Pero tengo una noticia muy importante que comunicar á usted.

— ¿Una noticia?

— Prepárese usted á recibir una fuerte emoción. Se trata de su marido de usted.

— ¿Del Sr. de Kerlor?

— Sí.

— ¿Le ha visto usted?

— No; pero sé que se encuentra en Francia.

— ¿En Francia?

— En París.

— ¡Jorge en París!

La impresión había sido tan violenta, que Elena se desplomó en una butaca.

— ¡Cómo le ama!, pensó Vernier.

Y dijo á Elena, después que ella se hubo repuesto un poco:

— Al llegar á Orgeval, expliqué al director del penitenciario la misión que usted me había confiado. Después de declararme lo que le telegrafí á usted, añadí: «Ignoro si la persona que le envía estará ya enterada de que anteaer, un caballero que dijo llamarse el conde de Kerlor, vino á ver también si el preso en cuestión era Gastón de Kerlor, su hijo, que le fué robado hace unos cuantos años...»

— ¡Jorge! ¡Jorge buscando á su hijo! ¡Dios clemente! ¿Será verdad? ¿O se trata de otro error doloroso?

— Procuré adquirir la mayor copia posible de informes. El director del penitenciario me describió al Sr. de Kerlor, y sus señas coinciden con el retrato que usted me tiene hecho de él. La decepción le dejó, al parecer, muy contrariado. Y después de haber dejado cierta cantidad para ser repartida entre los niños de la colonia, se fué diciendo que se volvía á París.

— ¿Sin dejar las señas de su domicilio?

— Sin dejarlas.

Retiróse Vernier, y Elena se quedó como abrumada por el peso de sus ideas.

Tiempo atrás tuvo la convicción de que Jorge la buscaría, convencido de su inocencia y sobre todo de la de Fanfán.

No se había engañado.

Algún acontecimiento imprevisto había iluminado su razón y volvía á fin de reparar los terribles efectos de su cólera.

De antemano le perdonaba gustosa sus tormentos pasados, el inmerecido castigo que le había impuesto. Porque le amaba como antes, como en los primeros tiempos de su enlace.

¿Pero y si Jorge volviese lleno de odio, creyendo todavía en el crimen y sediento de venganza?

¡Oh! Entonces le obligaría á escucharla. Se le presentaría sin miedo, aunque estuviese segura de que había de matarla en el primer arranque de cólera.

Pero no; no tendría más remedio que oírla, y le convencería.

Sabría reconquistar aquel corazón lacerado y lo curaría á fuerza de amor.

Y entonces serían dos para buscar á Fanfán y sacarlo del abismo en que le había precipitado en un momento de furiosa locura.

«Mañana mismo iré á París, pensó; Vernier me ayudará á buscarle... El notario debe estar enterado de su regreso y sabrá dónde vive.»

En el momento de partir hizo sus recomendaciones á su protegido:

— ¿Serás buen muchacho, verdad, Claudio? No salgas de casa durante mi ausencia.

— No, señora; he de concluir un trabajo en el jardín, y tengo además una lección muy difícil que repasar.

Aquella mañana la oración del niño había sido más larga que de costumbre.

Elena, que asistía diariamente á aquel acto de piedad, le había hecho pedir á Dios que la ayudase en la empresa que proyectaba.

— Hijo mío, pronto seremos dos á quererte, había murmurado la desolada madre; y creo también que pronto tendrás un hermanito á quien consolar... ó regenerar tal vez con tu ejemplo. Porque ¡quién sabe si no ha caído en un abismo más profundo que el tuyo! ¡Y quién sabe si ha tenido tu valor y tu fuerza para no sucumbir!

Y dió un prolongado abrazo al niño.

Éste la siguió con la vista hasta un recodo del camino, desde donde Elena le dirigió la última sonrisa, y volviéndose al jardín con su libro, se puso á estudiar concienzudamente la lección de que había hablado.

De pronto llamó su atención un silbido, y oyó una voz que le llamaba muy quedo:

— ¡Fanfán!

Alzó la cabeza y retrocedió horrorizado.

Los innobles rostros de *Caracol*, de Ceferina y de Panuffo, con una sonrisa diabólica, se asomaban por entre los barrotes de la verja que rodeaba el jardín.

Los tres miserables iban vestidos de gala.

Fanfán reconoció el sombrero de copa y el levitón que daban á *Caracol* el aspecto de un curial de provincias y que le había visto llevar la noche siniestra de Moisdon.

— ¡Fanfán, acércate, hombre!

— ¡Buenos días, Fanfán! ¡Hijo mío!

— ¡Buenos días, pillín! ¡Vengan esos cinco!

— No os conozco, balbuceó Fanfán, aterrorizado por aquella aparición.

— ¡Qué gracia!, añadió Isidoro. ¡Que no nos conozca! ¡Despreciar así á los amigos... y á sus papás!

— No os conozco, dijo Fanfán.

El miedo y el asco paralizaban sus miembros.

Quería huir y no podía.

Le flaqueaban las piernas.

Permanecía inmóvil, como petrificado, con la vista extraviada.

— ¡No os conozco!, decía maquinalmente.

— ¡Ingrato!, dijo Ceferina con una especie de gruñido.

— ¡Pues bien!, exclamó *Caracol*; puesto que reniegas de tus padres, vamos á entrar para hacernos reconocer como tales.

— ¡Aquí! ¡En casa de la buena señora! ¡Ustedes!

— Entendámonos, pichoncito mío, dijo Panuffo.

No eres tan tonto que no comprendas que tus papás pueden reclamarte si quieren... Acércate... No hay necesidad de que el público se entere de nuestros asuntos... Hablemos cinco minutos como buenos camaradas... donde nadie nos vea.

Fanfán seguía repitiendo:

— ¡No os conozco!

Pero su razón le aconsejó que escuchase al menos lo que aquellos miserables iban á decirle.

Hizo un gran esfuerzo y se acercó á la verja.

— ¿Qué queréis?, preguntó mirándoles de frente.

— ¿Qué queremos?., dijo *Caracol*.

— ¡Romperte la cara en el acto, pillete, si no te das prisa en abrirnos la puerta!, exclamó Ceferina exasperada.

— ¡Cállate, tú!, interrumpió *Caracol*. Hay que hacer las cosas á buenas.

Fanfán estaba loco de espanto.

Sin duda para animarse á dar aquel paso atrevido, los infames se habían medio emborrachado.

Fanfán conocía sus terribles y belicosas borracheras.

¿Escaparía á sus tremendas voluntades excitadas por el alcohol?

Caracol continuaba con siniestra suavidad:

— Hiciste mal en huir de nosotros... La ley nos autoriza á reclamarte. Además es preciso que los hijos paguen en lo posible á sus padres los sacrificios que han hecho por ellos.

— ¡Y Dios sabe si hemos hecho sacrificios por ti!, gimió Ceferina.

— ¡Sobre todo para tu educación!, insistió Isidoro.

— Por consiguiente, podría ir á reclamarte á la administración del penitenciario ó á la gendarmería, aquí al lado.

Fanfán recuperaba su valor.

La infamia de aquellos individuos le exasperaba.

— ¡No se atreverán ustedes!, les dijo con entereza.

— Me atreveré y tres más. Nada tengo que temer, contestó audazmente *Caracol*. Tengo los papeles en regla. Las acusaciones que pronunciaras contra nosotros parecerían excusas... Nadie les haría caso, porque te tomarían por lo que eres, por un pillete que ha huído de casa de sus padres para hacer el vago, que ha mentido siempre á la justicia y que sigue mintiendo á la señora que lo ha amparado.

— He mentido y sigo mintiendo por no verme obligado á denunciarlos.

— ¿Denunciarnos?, dijo Ceferina.

— ¿Denunciarnos?, repitió *Caracol*. ¿Qué tal? ¿No os lo decía? Ya veis que ha pensado en ello. El caso es grave.

Y brilló en sus ojos un siniestro fulgor.

— No os denunciaré jamás, no hablaré jamás de vosotros: lo único que deseo es olvidaros.

— ¡Angelito!, repitió cínicamente *Caracol*. Lo que tú deseas es muy cómodo. Mis padres me educan y me mantienen..., y cuando me hallo en edad y en condiciones de poderles ayudar en algo, ¡buenas noches!

— Esa conducta es asquerosa, dijo Ceferina.

— ¡Inconsecuente!, repuso Isidoro.

— En fin, ¿qué es lo que queréis?, interrumpió Fanfán.

— ¿Lo que queremos?.. ¿Lo que yo quiero?., preguntó *Caracol*.

Y aumentó la fiereza de su mirada y de su fisonomía toda al extremo de que Fanfán, sobrecogido otra vez de espanto, retrocedió un paso.

— Lo que yo quiero es que te vengas con nosotros.

— ¡Jamás!

— ¡Inmediatamente! Y otra cosa. Esa señora, la dueña de esta casa, debe ser rica.

— Sí.

— Habrá alhajas y dinero...

— Sí.

— Pues bien: lo que quiero..., y si no obedeces te juro que he de matarte como á un perro..., lo que yo quiero es que nos digas dónde tiene guardado su dinero esa señora, donde están sus alhajas..., quiero, en fin, que nos ayudes á robarle todo eso..., quiero que seas nuestro cómplice... y que luego nos sigas.

Caracol era terrible en su furor.

Comprendió que sólo podía dominar al muchacho por el terror.

— ¡Eso es hablar!, exclamó Panuffo.

— ¿Qué contestas, Fanfán?

— ¡Contesto que no entraréis!

— Entonces, escalemos la verja, dijo Isidoro. No pasa nadie... A la una..., á las dos...

Panuffo y *Caracol* se encaramaban en los barrotes de hierro.

Este último tenía cogida con los dientes una navaja que había sacado del bolsillo y abierto con rapidez.

Fanfán tenía previsto el escape.

En la desesperación de su miedo recobró ánimo y fuerzas para gritar:

— ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Asesinos!

Y echó á correr hacia la casa.

Cerca de la puerta pendía la cadena de la campana que servía para anunciar las horas de comer.

Tiró de ella y empezó á tocar.

— ¿Qué pasa?, preguntó Vernier que acudió seguido del jardinero y de varios vecinos.

Fanfán volvió los ojos y no vio á sus perseguidores.

— ¿Qué hay? ¿Qué has visto?

El niño no contestaba.

Permanecía con los ojos desencajados y la boca abierta.

— No..., nadie..., dispensen ustedes..., tuve miedo..., no era nada..., veo que me engaé..., dispensen ustedes.

Los hombres registraban el jardín.

— No hay nadie.

— No..., nadie..., balbuceaba el niño. Me engaé...

De pronto, Paul Vernier le vió vacilar y apenas llegó á tiempo para sostenerlo.

El niño se había desmayado.

Aquella noche, de regreso de París, Elena, enterada de lo ocurrido, velaba junto al muchacho, que descansaba en un canapé del salón.

No había querido acostarse en su cama.

Fanfán estaba decidido á confesar toda la verdad á su protectora, seguro de que le perdonaría sus mentiras y de que le salvaría...

Pero al ver el trastorno con que la buena señora volvía de París, parecióle que el momento era poco oportuno, y resolvió esperar.

Elena, en sus primeras diligencias para encontrar á Jorge, tuvo una decepción.

El notario le había dicho:

— Puede ser que el Sr. de Kerlor haya vuelto á París, pero á mí nadie me ha dado aviso de su llegada. Su última carta hacía referencia á un cheque firmado por él, que yo debía pagar y que pagué. El cheque estaba firmado en Veracruz. Desde entonces — y de esto hace ya más de un año — no he vuelto á tener noticias suyas.

El buen señor había prometido á Elena que tan pronto como tuviese conocimiento de la presencia de Kerlor en París, se lo escribiría.

Ella, junto al niño, pensaba en otros medios de descubrir el paradero de Jorge.

Fanfán leía, interrumpiendo de vez en cuando su lectura, para pedir alguna explicación á su bienhechora.

Poco á poco, Elena sintióse presa del deseo de avivar todos sus recuerdos con la contemplación de objetos reales.

Del fondo de un cajón de cómoda sacó un álbum y lo abrió.

En la primera página había una hermosa acuarela que representaba un pintoresco paisaje, con la fachada de una quinta en primer término. La casa, de señorial aspecto, ostentaba una magnífica terraza con balaustrada de piedra.

En último término, el Océano, verdoso y tranquilo, reflejaba la luz de una hermosa mañana de primavera.

Elena recordaba de haber pintado aquella acuarela un poco antes de su casamiento, cuando ya estaba

apasionadamente enamorada de Jorge y ocultaba su amor en el fondo de su corazón.

Él la había ayudado con sus consejos, y hasta había, en segundo término, á la derecha, una espesura que corrigió é hizo casi enteramente de nuevo.

Al contemplar detenidamente aquel paisaje, la pobre mártir tenía los ojos inundados de dulces lágrimas.

— Aquí, pensaba ella, á la sombra de estos grandes árboles, sentados ambos sobre este banco de piedra, aquí es donde me decía con frecuencia, después de nuestro matrimonio, los años que hacía que me amaba. Aquí es donde tantas veces juré amarme siempre. ¿Es posible que no me ame ya?

Abismada en sus reflexiones, no se atrevía á volver aquella hoja que le recordaba tan felices días.

El niño, que había levantado la cabeza, se fijó en la acuarela y exclamó en seguida de un modo tan espontáneo que parecía inconsciente:

— ¡Calla! ¡La quinta de la abuelita!

Elena, estupefacta, miró fijamente al niño.

— ¿Qué dices? ¿Conoces esta quinta?

— Sí, señora.

— ¿Dónde la has visto?

— No sé.

— ¿Por qué dices la quinta de abuelita?

— Tampoco lo sé. Me salió sin dar cuenta.

— ¿Recuerdas este jardín?

— Sí, señora, perfectamente.

Elena se había puesto muy pálida.

— El jardín y todo lo demás, repitió Fanfán. Y señalando con el dedo, continuó: ¿Ve usted, señora? Ahí, detrás de esta puerta de cristales, hay una gran sala... y una ancha escalera de piedra. Al pie de la escalera, en un rincón, está mi caballo de máquina... ¡Oh! Estoy seguro de que es ahí donde está..., al lado de la portezuela.

Elena se ahogaba de emoción.

A cada uno de los detalles dados ingenuamente por el niño, contestaba con un movimiento de cabeza afirmativo.

— Por aquí, añadió él de pronto, hay un gran salón rojo, con grandes retratos en marcos dorados... El de en medio es una anciana.

Elena volvió rápidamente algunas páginas del álbum y puso á la vista del muchacho un admirable retrato de la vieja condesa de Kerlor.

— ¿Una señora anciana, dices?

— ¡La abuelita!., exclamó el niño. ¡Es ella!.. La que siempre me besaba llamándome...

— ¿Fanfán?

— ¡Fanfán, sí!.. ¡Es mi nombre! No me llamo Claudio, me llamo Fanfán...

— ¡Te llamas Fanfán!

Elena se había levantado, trastornada, y sus dedos se crispaban en el respaldo del sillón, escuchando como en un sueño, como en una pesadilla, como en la dolorosa alucinación de un delirio, al niño, que continuaba hablando:

— ¡Oh! Perdóneme, señora, que le haya ocultado mi nombre. Esta noche, créame usted, estaba resuelto á confesar á usted toda la verdad. Pero estaba usted tan triste al volver de París, que no me atreví á hacerle mi confesión. Mentí al decir que me llamaba Claudio, que mi madre era de Lyon y que había huído de ella porque me pegaban. Le menté á usted como menté al tribunal, porque no quería volver al lado de papá Caracol y de mamá Ceferina.

— ¡Caracol!, ¡Ceferina!, murmuró Elena.

— Han venido esta tarde... Ella es sonámbula... Querían matarme...

— Fanfán... Mi corazón lo había adivinado... ¡Fanfán..., hijo mío!

Quiso estrechar al niño en sus brazos.

Pero la emoción había sido demasiado fuerte.

Tendió los brazos, agitó las manos en el aire, dió un grito ahogado y cayó desmayada en la alfombra.

— ¡Socorro!.. ¡Socorro!., gritó el niño, corriendo á la puerta del salón.

Pero fué rechazado por una espesa humareda que invadió de pronto la estancia.

— ¡Socorro! ¡Socorro!, gritó de nuevo, procurando en vano abrirse paso.

— ¡Fuego!, ¡fuego!

El siniestro grito resonó en todas partes.

Fanfán oyó entonces, como en un sueño, violentos golpes en la reja, la campanilla de la puerta, la campana de la iglesia tocando á somatén.

Y una llamarada inmensa invadió la antesala inmediata al salón.

El niño corrió á la ventana.

El patio estaba ya lleno de gente.

En la obscuridad de la noche, brillaban en todas partes farolillos en manos de personas que corrían hacia el sitio del siniestro.

Llegó ruidosamente la bomba contra incendios de

la localidad, entre gritos, lamentaciones y órdenes.

— ¡Socorro! ¡Socorro!, seguía gritando Fanfán desde la ventana, en el paroxismo de la desesperación.

¡Aquí, á la señora! ¡Salven ustedes á la señora!..

— ¿Dónde está?, le gritaron desde abajo.

Aquí, en el salón.

— La escalera está ardiendo.

La bomba empezó pronto á funcionar; pero el incendio había tomado inmediatamente tales proporciones, que no había medio de dominarlo.

Los muchachos de la colonia penitenciaria, con el comandante al frente, formaban cadena, alimentando la bomba con cántaros y cubas de agua que se pasaban de mano en mano.

De pronto el agua faltó. Y el incendio aumentaba.

Las llamas, que subían de los sótanos, empezaron á lamer la fachada hasta los balcones del primer piso.

A través de una llama que casi llegó al alero del tejado, todo el mundo oyó la voz de Fanfán que gritaba con todas sus fuerzas:

— ¡Salven á la señora!

Desesperado, entre dos muros de humo, el niño,



Miró, sin embargo, y vió cómo el hombre...

medio asfixiado, corría de la ventana á Elena, que seguía desmayada en el suelo, tratando de levantarla en brazos.

— ¡Imposible salvarlos!, decían los de fuera.

— ¡Dios se apiade de ellos!

La bomba funcionaba escasamente, alimentada con verdadera rabia por los pequeños colonos que traían agua de todas partes.

El capitán lloraba de rabia y desesperación.

Paul Vernier había aplicado por décima vez una escalera al balcón, escalando los primeros tramos; pero, como antes, las llamas le envolvieron, y se le retiró con la ropa y el pelo chamuscados.

Él también repetía:

— ¡Salvemos á la señora!

El llamamiento de Fanfán llegaba ya muy débil, como el grito supremo de un moribundo.

Sin duda la asfixia empezaba á ahogar la voz de las víctimas.

Estaban perdidos.

Entonces, abriéndose paso por entre el gentío, apareció un hombre de buena estatura, con una pesada escalera de albañil á cuestas.

La aplicó á la pared, y tranquilo, pero con una agilidad pasmosa, subió por ella. Se le vió un segundo en lo alto, que lamían las llamas, y luego desapareció en medio del humo.

— ¡Vaya un hombre!, exclamó el capitán.

Paul Vernier se precipitó al pie de la escalera, esperando la vuelta del desconocido y dispuesto á prestarle ayuda.

Reinó durante aquella escena un profundo silen-

cio..., silencio de angustia durante el cual todos los corazones palpitan á un tiempo.

Por el crujir del pavimento se adivinaban los pasos del hombre.

Fanfán le había visto escalar el balcón.

— ¡Aquí!, le gritó; ¡aquí está! ¡Sálvela usted!

El calor era insoportable y el humo asfixiante.

A tientas, el hombre encontró el inanimado cuerpo de la mujer, lo levantó como una pluma y se la llevó en sus robustos brazos.

— Hay una escalera, dijo el hombre al niño; salta aprisa y baja delante...

— ¿Salvará usted á la señora?

— Sí, pierde cuidado. ¡Aprisa!

Fanfán empezó á bajar.

La llama carbonizaba ya el extremo de la escalera.

Miró, sin embargo, y vió cómo el hombre ponía el pie en el primer escalón con su preciosa carga.

Al mismo tiempo, la bomba arrojaba un enorme chorro de agua.

Fanfán se deslizó...

Y cayó en manos de un hombre que le dijo al oído:

— ¡Calla ó mueres!

Con suma rapidez le taparon la boca, le envolvieron en una manta y se lo llevaron corriendo hacia el campo, como en aquella terrible noche de Moisson.

La carrera duró largo tiempo.

Los que se lo llevaban se detuvieron al fin, le colocaron en el suelo y le deslizaron la manta que le ahogaba.

Estaban en medio de un campo desierto.

Fanfán miraba á sus raptores con un terror inexplicable.

— ¿Qué tal?, le dijo Panuflo. ¿Conoces ahora á los amigos? ¿A quién buscas? ¿A mamá Ceferina? Tomó antes el tren. La faena que llevábamos entre manos no era propia de mujeres. Pero aquí tienes á papá Caracol.

— Sí, aquí me tienes, querubín. He querido volverte á la libertad, á pesar tuyo.

— ¡Miserables!, contestó Fanfán.

— ¡Fuera insultos!, ¿eh?

— Déjenme ustedes.

— ¿Qué te pareció nuestro incendio?, preguntó Panuflo.

— ¡Cómo! ¿Fueron ustedes? ¡Oh! ¡Déjenme! Quiero ver á la señora...

— Tu señora, en castigo de haberse dedicado á seducir menores, ha muerto en la hoguera.

— ¡Asesinos!

— ¿Porque hemos heredado el dinero y las alhajas de tu amiga?

— ¡La han asesinado!

— De eso hablaremos más tarde. No es cuestión de quedarnos á dormir aquí. ¡Ea, en marcha!

Los criminales se engañaban. Elena estaba salvada. Paul Vernier la había recibido de manos del desconocido y depositado sobre un colchón en el jardín, donde varias mujeres le prodigaron los cuidados que su estado requería.

— ¡Caballero!, exclamó el capitán dando un apretón de manos al salvador de Elena, ¡es usted todo un hombre! ¿Cómo se llama usted? Sepamos, al menos, el nombre del héroe que ha salvado á esa santa. Porque esa noble señora es una santa y la queremos todos como no hay más remedio que querer á la que es la Providencia de los que sufren. ¡Pero ahora caigo! Es usted el que vino esta tarde al establecimiento, en busca de informes relativos á un muchacho. ¡Es usted el conde de Kerlor! ¡Ah, caballero, Dios le pagará ese acto de arrojo!.. Él dispuso, sin duda, que se le escapara el tren y tuviese que quedarse á comer aquí. Permítame usted que le presente á la que ha salvado de una muerte segura.

La gente se agrupaba en torno del conde, bendiciéndole y ensalzando su valor.

— Siento no poder ver á esa señora, dijo tratando de escapar á las entusiastas manifestaciones de toda aquella gente; pero es la hora del tren y tengo precisión absoluta de volverme esta noche misma á París. ¡Adiós, señores!

Y abriéndose paso por entre el gentío, trató de alejarse.

En aquel momento, Elena recobraba los sentidos, merced á los cuidados que le prodigaban.

Miró vagamente en torno de ella, sin comprender de pronto lo que ocurría.

— ¡En salvo!, exclamó Paul Vernier, que esperaba ansioso que su amiga volviese á la vida. Y salvada por aquel caballero, añadió señalando al conde de Kerlor.

Elena lo había comprendido todo al fin.

Dió un paso hacia el hombre que le indicaban.

De pronto, dió un grito, tendiendo los brazos:

— ¡Jorge!

Y cayó de espaldas, herida por la emoción, mientras que Kerlor se alejaba sin haberla visto.

(Continuará)

CONFLICTO CHINO

Los detalles acerca de la ocupación de Pekín se van conociendo, aunque con gran retraso á causa de la incomunicación telegráfica de aquella capital. De

Unidos, que manifestaron deseos de limitar su acción en China y se mostraron partidarios del abandono de Pekín, dejando que regresaran á la ciudad los imperiales á fin de entablar con ellos las negociaciones de paz. Rusia se adhirió desde luego á esta proposi-

aliadas formen un destacamento internacional, compuesto de fracciones proporcionadas de cada uno de los cuerpos que actualmente se encuentran en Pekín, el cual destacamento continuará ocupando la capital china, retirándose el resto de las tropas á Tien-Tsin hasta que se firme la paz; y segundo, que los aliados garantizarán la seguridad de la familia imperial y de sus ministros, mantendrán los antiguos tratados que aseguran la política de la puerta abierta, y se pondrán de acuerdo respecto de las indemnizaciones que habrán de pedirse á China.

Inglaterra, á la que el conflicto chino ha cogido en pésimas condiciones por efecto de su lucha en el Transvaal, acepta, al parecer, á falta de otra mejor, la solución propuesta por Alemania.

Y en cuanto al Japón y á Italia, no tendrán más remedio que pasar por lo que resuelvan las grandes potencias.

Todas estas dificultades que ahora se presentan fueron universalmente previstas cuando se inició la lucha: á bien que no se necesitaban grandes dotes de profeta para preverlas, tratándose de una contienda en que los tan cacareados sentimientos humanitarios eran en el fondo un simple pretexto con que se disfrazaban los egoísmos, las ambiciones, las concupiscencias de los que con el derecho de la fuerza se han erigido en árbitros de los destinos del mundo.

Y lo chocante del caso es que mientras las potencias discuten lo que han de hacer para negociar la paz, aún no se sabe cuáles son los plenipotenciarios del gobierno chino que han de entablar las negociaciones, ni siquiera se sabe si hay en Chi-



CONFLICTO CHINO. — SHANGHAI. — Una calle de la ciudad europea (de fotografía)

ellos se desprende que los chinos, antes de evacuar la ciudad, cometieron toda suerte de atropellos y atrocidades, incendiando ó destruyendo á cañonazos gran número de edificios y violando de una manera repugnante el cementerio extranjero. A consecuencia de esto y de los combates allí sostenidos, Pekín presentaba el aspecto de una desolación absoluta cuando en ella entraron las tropas aliadas.

El día 28 de agosto el cuerpo diplomático, acompañado de los destacamentos internacionales, entró en el palacio imperial, siendo recibido por los funcionarios del gobierno chino, algunos de ellos ministros ó miembros del Tsung-li-Yamen. Las tropas des-

ción, enviando á las potencias una circular redactada en este sentido, retirando sus tropas de las plazas que habían tomado en la Mandchuria y enviando al ministro ruso en China y al general Lenevitch instrucciones á fin de que adoptaran inmediatamente las medidas necesarias para trasladar á Tien-Tsin la legación, las tropas y los súbditos rusos. El gobierno yanqui ha adoptado análogas disposiciones y ha enviado iguales órdenes al general Chaffee.

Inútil es decir que la solución defendida por Rusia cuenta con el voto de su aliada Francia.

En cambio Inglaterra, Alemania y el Japón no se muestran propicias, ni mucho menos, á aceptar como buena la idea de la evacuación de Pekín, entendiendo que la ocupación de la capital del imperio es indispensable mientras no se obtengan completas reparaciones por lo que se refiere al pasado y seguras garantías para el porvenir. Alemania ha propuesto una solución conciliadora que abarca dos extremos: primero, que las tropas

na gobierno con atribuciones para nombrarlos. El famoso Li-Hung-Chang atribúyese la representación del emperador, pero harto conocidas son las intrigas



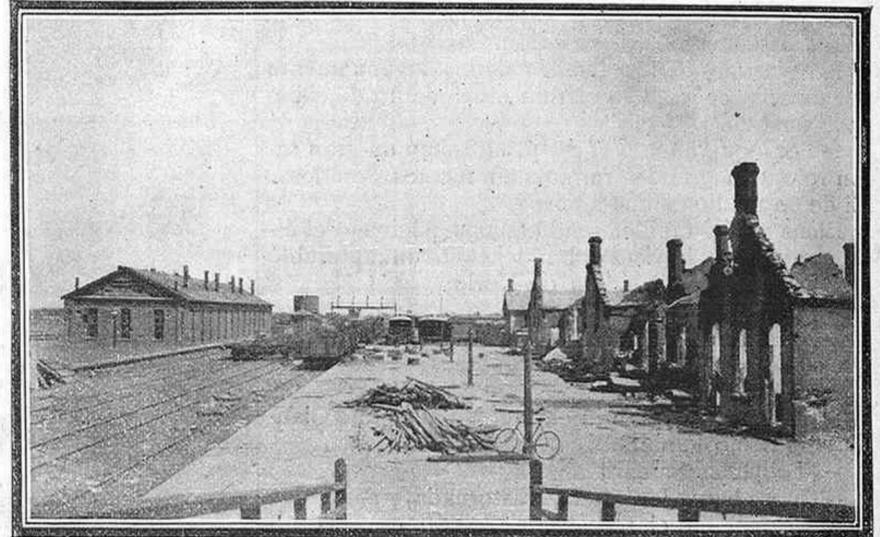
CONFLICTO CHINO. — SHANGHAI. — En el barrio indígena Castigo de dos incendiarios (de fotografía)

fileron por la imperial residencia, y después de salir de ésta los diplomáticos, cerráronse las puertas del edificio.

Los comandantes inglés, ruso, americano y japonés han publicado una proclama definiendo la jurisdicción de sus distritos respectivos, anunciando que mantendrán el orden é invitando á los habitantes de Pekín á reanudar sus ocupaciones; pero á pesar de ello, las calles de la ciudad permanecen desiertas, y como no llega allí mercancía alguna, témesese que antes de poco se sientan los efectos de una gran carestía. Los referidos comandantes han dado cuenta de esta situación á sus respectivos gobiernos, recomendándoles la conveniencia de disponer que, antes del invierno, se retire una parte de las tropas que ocupan aquella capital.

Con la ocupación de Pekín puede decirse que ha terminado la lucha armada, pues si bien los chinos continúan cometiendo las mayores atrocidades en algunas provincias, esto preocupa, al parecer, muy poco á las potencias, á las cuales, por lo visto, sólo importaba la vida de sus representantes diplomáticos. Tanto es así, que apenas logrado el objeto de poner á éstos en salvo, se ha suscitado la cuestión de la evacuación de Pekín, que es en la actualidad el caballo de batalla de las negociaciones de la diplomacia y el punto capital de discusión de la prensa de todas las potencias interesadas.

La iniciativa de este asunto partió de los Estados



CONFLICTO CHINO. — TIEN-TSIN. — Aspecto de la estación del ferrocarril después del bombardeo (de fotografía)



CONFLICTO CHINO. — TIEN-TSIN. — Los marinos franceses marchando por el muelle después de la liberación de la ciudad (de fotografía)

del tal personaje para hacer caso de sus manifestaciones. También ha sido nombrado plenipotenciario, según parece, el príncipe Tcheng.

¿Cuándo comenzarán las negociaciones? Lo más probable es que no empiecen hasta que se haya resuelto la cuestión de la evacuación de Pekín.

Otra de las cuestiones relacionadas con el conflicto chino que seguramente dará mucho juego es la ocupación de Shanghai, en donde actualmente se encuentran siete buques de guerra ingleses, dos franceses, tres holandeses, un norteamericano, un alemán y tres japoneses. Las tropas de desembarco se componen de 3.500 soldados de la India, 800 de infantería de marina francesa, 450 alemanes y 800 voluntarios; además hay dispuesta una brigada naval de 4.000 hombres, y el representante japonés en aquella ciudad ha declarado á las potencias que el Japón se propone tomar parte en la ocupación, habiendo ya desembarcado 600 marinos mientras se espera la llegada de tropas de tierra. — X.

EL INFIERNO CHINO

Un libro chino del siglo x, el *Yu Li* (Recuerdos penosos), publicado recientemente en inglés por la Royal Asiatic Society, completa la doctrina de Confucio en un punto que este filósofo había dejado á obscuras: la suerte del alma individual después de la muerte del pecador.

Apenas despojada de su envoltura humana, el alma china es recogida por demonios que recorren el espacio y conducida á toda prisa en una silla de manos al infierno, en donde los recibe el dios del Destino. El infierno chino hállase dividido en multitud de departamentos, al frente de cada uno de los cuales está un juez presidente, rodeado de un numeroso estado mayor de asesores, substitutos y funcionarios judiciales de todas categorías. En cada división se juzga un crimen bien definido, el robo, el asesinato, la blasfemia; los castigos son diferentes y consisten en suplicios dolorosos y eternos. Los embusteros son los más

maltratados: un demonio feroz les azota metódicamente en honor á la Verdad.

A veces se presentan algunos casos que dejan perplejos á los jueces: así, por ejemplo, hay almas que cuentan casi tantas acciones buenas como malas; á estas almas se las envía nuevamente á la tierra concediéndoles varias ocasiones para hacer el bien, y si no las aprovechan, pasarán toda una existencia en un cuerpo deforme ó enfermo. Si una mujer observa en la tierra una conducta ejemplar, renacerá en forma de hombre, ascendiendo, por consiguiente, de categoría.

A fin de evitar toda reclamación, pues se han dado casos de errores infernales, los jueces del infierno hacen absorber al alma que espera su sentencia una taza de *te de olvido* que les hace perder totalmente la memoria. La creencia del *te de olvido* hállase muy extendida entre los chinos, los cuales están convencidos de que los misioneros ingleses conocen el secreto de esa bebida y se sirven de ella, obligando á tomarla á aquellos á quienes quieren convertir á su religión.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LOS DE CAPSULAS APIOL DE LOS DE JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

AVISO A LAS SENORAS
 EL APIOL DE LOS JORET y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 FA. BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.



HARINA LACTEADA NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO
 PARA NIÑOS
 Y PERSONAS DEBILITADAS

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
 y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
 EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ
 adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
 LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
 CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
 PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO
 Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, 50 años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOEE. DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris



La canción de la patria en 1814 (episodio de la historia de la República Argentina), cuadro de Pedro Blanqué

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CE. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Maes de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PANCREATINA DEFRESNE

POLVO *Adaptada por la Armada y los Hospitales de Paris.* PILDORAS

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos E.FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN